

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

LOS COMNENOS Y EL REINO ARMENIO DE CILICIA

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Extracto: *La dominación bizantina, primero, y la irrupción selyúcida, después, determinaron la migración de muchos elementos armenios desde el núcleo central ubicado en el valle del Araxes hacia una vasta zona comprendida entre las ciudades de Sebastea y Cesarea Mazacha, al Norte, y Antioquía y Edesa, al Sur. “Los Comnenos y el reino armenio de Cilicia” recoge con pormenorizado detalle la estrecha relación existente entre Constantinopla y Cilicia en tiempos de los emperadores de la dinastía Comneno, Alejo I (1081-1118), Juan II (1118-1143) y Manuel I Megas (1143-1180).*

Los Comnenos y el reino armenio de Cilicia.

I Parte: la fundación del estado armenio de Cilicia.

La política oriental de Bizancio en el siglo XII.

La obsesión de los basileos bizantinos del siglo XII por controlar Cilicia todavía hoy sigue siendo tema de debate. Juan II (1118-1143) y Manuel I (1143-1180) hicieron grandes esfuerzos por eliminar la resistencia de los armenios en la zona. Ocasionalmente consiguieron colocar guarniciones leales en las principales ciudades y fortalezas cilicianas, pero al cabo el daño generado a las arcas del Imperio fue mayor que los beneficios cosechados en el campo político y militar.

Durante el siglo XII, el reino armenio de Cilicia servía de nexo entre los territorios asiáticos del Imperio Bizantino y los estados francos de Ultramar: Trípoli, Jerusalén, Edesa y Antioquía. Precisamente eran éstas dos últimas plazas las que despertaban el interés de los emperadores de Constantinopla. Ambas habían constituido las avanzadillas del Imperio frente al Islam durante el siglo XI, y los bizantinos las habían perdido tras el descalabro provocado por la derrota de Manzikert en 1071. A partir de esa fatídica fecha, tanto Antioquía como Edesa habían alternado suerte entre el flujo y reflujo de la marea selyúcida y la habilidad de algunos príncipes armenios del lugar.

La I Cruzada (1097-1099) trajo consigo el dominio franco sobre la región y permitió a los armenios consolidar su presencia en las planicies de Cilicia, sobre el cause superior del Jeihan, al sur de Albistan. No fue un buen augurio para los bizantinos

que su Imperio quedara expuesto al cascanueces normando que presionaba por ambos lados (Italia y Siria), tanto más por cuanto el recuerdo de Roberto Guiscardo y Bohemundo seguía fresco en la mente de los basileos. Para aliviar dicha presión los emperadores Comnenos resolvieron como primera medida restablecer su autoridad en Oriente: Edesa y Antioquía debían ser reducidas a vasallaje. No obstante, para lograrlo, los bizantinos debían primero controlar Cilicia, dominada por los armenios. Pero, ¿cómo habían llegado éstos a adueñarse de la región?

Ani, Kars, Vaspurakan y Lorí: Armenia.

No fue una buena idea la que tuvo Basilio II Bulgaróctonos (975-1025) cuando intentó someter a los reyes armenios de Vaspurakan, Ani, Lorí y Kars a poco de comenzado el siglo XI. La irrupción de los selyúcidas poco después dejaría al descubierto la endeblez de la política oriental bizantina. Hasta ese momento, los territorios armenios habían servido como un dique de contención frente a la acechanza de los peligros que llegaban desde el Este. Enclavados entre la región de Capadocia y los lagos Van, Urmia y Sevan, los pequeños estados armenios, orgullosos de su fe cristiana, se habían mostrado como un hueso duro de roer para sus vecinos desde los días del Imperio Sasánida. Vaspurakan, el más pequeño, era también el más expuesto por su ubicación geográfica en el extremo oriental. Los ataques selyúcidas, que comenzaron hacia la segunda década del siglo XII, alarmaron seriamente al monarca del diminuto estado. En ese momento llegó una embajada procedente de Constantinopla portando una curiosa oferta: Basilio II estaba dispuesto a entregarles tierras más seguras, la ciudad de Sebastea y sus alrededores, a cambio de su reino. La proposición fue aceptada y se calcula que entre 40.000 y 50.000 personas abandonaron sus hogares para establecerse a orillas del Halys, sobre el Antitauro.

Esta primera gran migración debilitó profundamente el status quo que se vivía en la comarca, generando además nuevas tensiones entre los soberanos de Ani y Kars y las autoridades bizantinas enviadas para tomar posesión de la nueva provincia. La disputa degeneró en una cruenta guerra donde los armenios únicamente fueron vencidos mediante la traición: bajo el reinado de Constantino IX Monómaco (1042-1055), Gaguik II de Ani cayó prisionero y su reino se sometió al basileo. El gran éxodo armenio estaba a punto de iniciarse. Entretanto, con Manzikert ya perfilándose en el horizonte, los turcos selyúcidas estaban a un paso de quebrantar para siempre la preponderancia bizantina en Asia Menor.

Cilicia: nuevo hogar.

La dominación bizantina, primero, y la irrupción selyúcida, después, determinaron la migración de muchos elementos armenios desde el núcleo central ubicado en el valle del Araxes hacia una vasta zona comprendida entre las ciudades de Sebastea y Cesarea Mazacha, al Norte, y Antioquía y Edesa, al Sur. El colapso de la dinastía bagrátida, que se completó con el asesinato de los descendientes de Gaguik de Ani, sumado a la eliminación de los herederos del rey de Vaspurakan, Senakerin, a la sazón exiliado en Sebastea, generaron la dispersión de la autoridad real que recayó en lo sucesivo en manos de algunos oportunistas, ladrones, aventureros y nobles. Hacia finales del siglo XI, en pleno desbande imperial, el Este de Asia Menor era un mosaico de señoríos

semi-independientes, gobernados por lugartenientes armenios: Gabriel era señor de Malatya (Melitene), Kogh Vasil mandaba en Raban y Kaisun, Tatoul en Marash, Thoros en Edesa, Constantino en Gargar, Abul Gharib en Bira (Birejik), y Filareto, el más importante, en Antioquía y sus alrededores. De todos ellos, Kogh Vasil era el único que comulgaba la fe de la Iglesia Armenia separada, lo cual le convertía en el príncipe predilecto a los ojos del pueblo armenio. Los demás pertenecían a la Iglesia ortodoxa y de alguna manera seguían reconociéndose vasallos del Imperio: algunos como Filareto y Thoros seguían empleando títulos bizantinos (concedidos oportunamente por Alejo I Comneno), mientras que otros, Gabriel entre ellos, habían tenido la precaución de enviar embajadores a Bagdad para revalidar sus derechos.

El asentamiento de los armenios en Cilicia, sin embargo, tendría raíces mucho más consistentes y duraderas que las de todos estos improvisados principados. Bajo el acicate de un bagrátida llamado Roupen un grupo numeroso dejó Ani para establecerse en el Tauro, en una sección montañosa al noroeste de Cilicia. Entretanto, Oshin, hijo de Hetoum, abandonaba sus posesiones de Ganja para mudarse junto con su familia un poco más al Oeste de la posición de Roupen. Arrebatando el inexpugnable castillo de Lamprón a los musulmanes, se convertiría en poco tiempo en el líder de la facción rival de los Roupénidas. Tuvieron suerte ambos de encontrarse con que la nueva patria estaba densamente poblada por numerosos hermanos de sangre, llegados en tiempos de la reconquista bizantina (Siglo X).

Supervivencia y latrocinio: la I Cruzada y sus consecuencias.

Con la única diferencia de la caída en desgracia de Filareto, desplazado de Antioquia por los selyúcidas, los ejércitos de la I Cruzada no encontraron cambios políticos significativos en Cilicia y el norte de Siria. El caos reinante fue aprovechado por los líderes francos para establecer sus primeras bases en Oriente: tomando la iniciativa, Balduino de Boloña se internó en el Jezireh para arrebatarse Edesa a Thoros (1098) y convertirla en su capital. Fue la antesala de la perdición para los demás señores armenios de las inmediaciones. En 1103 Gabriel perdió Melitene a manos de los Danisméndidas y Tatoul fue desplazado de Marash por Joscelino I de Courtenay. Abul Gharib, señor de Birejik, y Vasil Dgha, el sucesor de Kogh Vasil, corrieron la misma suerte hacia 1117, cuando fueron desposeídos por el conde de Edesa. En 1120 los únicos señores armenios que aún conservaban sus tierras eran los descendientes de Hetoum y Roupen. Thoros I (1100-1129), hijo de Constantino y nieto de Roupén, llegaría inclusive a conquistar Anazarbo, consolidando la posición de los roupénidas entre el Pyramus y el Sarus.

Aprovechando a que el emperador Alejo I Comneno (1081-1118) se hallaba embarcado en la reconquista del Asia Menor occidental, Thoros se encontró con las manos libres para explotar el vacío de poder dejado por el paso de la I Cruzada. Aunque los turcos invadieron sus tierras en tres ocasiones (1107, 1111 y 1113), el príncipe roupénida pudo mantenerse gracias a la diplomacia y a una política cauta de alianzas con el conde de Edesa, que le permitió desviar la oleada franca hacia las tierras de sus colegas, Constantino de Gargar, Abul Gharib de Bira, Tatoul de Marash y Vasil Dgha de Kaisun. Fue sucedido por su hermano León I (1129-1137).

Alejo I Comneno.

Luego de la grave derrota de Manzikert (1071), los emperadores de Bizancio ya no tuvieron ocasión de organizar una línea defensiva frente a la irrupción de los turcos selyúcidas. La caída en desgracia de Romano IV Diógenes (1068-1071) y la inoperancia de sus sucesores, Miguel VII Ducas (1071-1078) y Nicéforo III Botaniates (1078-1081), acabó con cualquier intento coordinado de resistencia. Para colmo de males comenzaron a proliferar los aspirantes al trono.

Ante tamaña indefensión, numerosos gobernadores asiáticos buscaron el apoyo de los invasores turcos para mantenerse en sus posiciones. No había a mano soldados nativos y el sistema de estratiotas o soldados-campesinos había colapsado hacía tiempo víctima de la voracidad de los ricos terratenientes, de modo que los turcos fueron instalados como guarniciones en las grandes ciudades del Asia Menor. Cuando los bizantinos al fin hallaron algo de estabilidad tras la ascensión al trono de Alejo I Comneno, todas las provincias orientales se habían perdido a excepción de Antioquía, dónde se mantenía un funcionario armenio llamado Filareto, y Trebizonda, a orillas del Mar Negro. Pero nada más.

Los viejos temas de Basilio II fueron reemplazados con rapidez por nuevas administraciones instauradas por los invasores. Suleimán se estableció en Nicea e Iconio, Danishmend en Sebastea, Amasea y Cesarea, Chaka en Esmirna y Efeso, y Menguchek en Erzincan y Colonea, aunque había señores turcos de menor jerarquía que habían llegado a constituir pequeños principados como los de Erzurum, Kars, Kharpout, Divrig y Arzag. La península anatólica era un caos.

La I Cruzada (1097-1099) permitió a Alejo I Comneno recuperar algunas plazas fuertes al otro lado del Bósforo. Nicomedia, Nicea, Esmirna, Efeso, Sardes, Sínope, Pérgamo, una a una fueron cayendo en sus manos hasta que la inercia finalmente se detuvo tras la victoria de Filomelio, en 1115, que llevó las fronteras del Imperio cerca del lago Tatta (Tuz). No se resignó sin embargo el emperador a intervenir allí donde los francos debían entregar las ciudades reconquistadas durante la Cruzada, en Cilicia y más allá. En estas regiones había capitanes, principalmente armenios, que todavía reconocían su autoridad, como Oshin de Lamprón y Tatoul de Marash. Pero sus recursos eran limitados y la amenaza de una invasión normanda en los Balcanes era cada vez más inminente. Tan solo pudo despachar un pequeño ejército al mando del general Butumites, que fue insuficiente para conservar las fortalezas que los capitanes armenios acólitos como Tatoul guardaban en su nombre. Una tras otra fueron cayendo en poder de los enemigos del imperio, turcos, francos y advenedizos armenios.

En 1118 Alejo murió y la esfera de influencias de Bizancio quedó boyando entre Attalia y Seleucia, en Panfilia. No obstante, su sucesor pronto se encargaría de poner en claro cuáles eran las directrices de su política oriental, especialmente en Cilicia y el norte de Siria.

El regreso del emperador.

Los primeros años del reinado de Juan II Comneno coincidieron con el encumbramiento de los estados latinos del norte de Siria, el principado de Antioquía y el condado de Edesa, y con la entrada en escena del Reino de Georgia, gobernado por el

bagrátida David II. Para ese momento, los musulmanes del Cercano Oriente se hallaban inmersos en una profunda crisis de lealtades que afectaba a todos los emires desde Armenia, al Norte, hasta Damasco, al Sur. Solo el sultanato selyúcida de Rum había conseguido reponerse de la debacle causada por la guerra entre el emir capadocio Hasan y Malik Sha. Masud, que destronó a éste último en 1116, había ya neutralizado en su segundo año de reinado los efectos de la batalla de Filomelio (1115). Hacia 1118 su sombra se proyectaba amenazadora sobre los territorios recuperados por los bizantinos en los últimos años del reinado de Alejo I.

Pero Juan II Comneno no compartía los gustos de su familia por la teología y la literatura y mucho menos por las discusiones sutiles que tanto apasionaban a su corte. Era ante todo un soldado y amaba la vida en campaña. De su padre había heredado un estado reorganizado, y lo que era más importante, una tesorería lo suficientemente provista como para acometer la reconquista de los territorios que se habían perdido tras Manzikert o al menos de parte de ellos. Tampoco olvidaba Juan que tenía una deuda de honor en Cilicia y la Siria del Norte, donde los armenios y los latinos se habían aprovechado de la debilidad del Imperio para establecerse cómodamente en sus ciudades haciendo caso omiso de todos los tratados firmados.

Al año siguiente de su coronación el basileo se puso al frente del ejército imperial y salió para enfrentar a Masud, el sultán de Iconio. En la campaña reconquistó sin problemas las ciudades de Laodicea, Sozópolis y Hieracocorifitis, liberando de turcos la ruta que conducía a la ciudad de Attalia, al sur de la península. Sin embargo, la invasión de los pechenegos que tuvo lugar hacia el 1122 le impidió avanzar hacia Cilicia y Siria. En los años sucesivos, la guerra contra los servios, los húngaros y los danisméndidas le impidieron concentrarse en Siria. Solo después de haber vencido uno por uno a sus enemigos pudo Juan volver su mirada hacia Cilicia y Antioquía.

Para el momento en que los bizantinos ajustaban los últimos detalles de la nueva campaña, León I (1129-1137), hermano y sucesor del roupénida Thoros I, se vengaba de sus vecinos danisméndidas y francos arrebatándoles Tarso, Adana, y Mamistra (1132 y 1133) y conquistando la fortaleza de Sarventikar (1137). Cuando por fin Juan II apareció en Panfilia dispuesto a hacer valer sus derechos sobre Siria, los armenios y francos dejaron de lado sus rivalidades para enfrentar al enemigo común. León I intentó sin éxito detener al emperador en Seleucia, sobre la costa del Mediterráneo, pero pronto se vio desbordado y debió ceder todas las grandes ciudades y fortalezas de Cilicia, inclusive Tall Hamrun y Anazarbo, que cayeron tras un mes de asedio.

Hacia mediados de agosto de 1137 los bizantinos, en perfecto orden de batalla, rebasaron Alejandreta y las Puertas Sirias y el 29 del mismo mes levantaron campamento frente a Antioquía, en la orilla norte del Orontes. La ciudad fue bombardeada con trabucos y pedreros durante varios días hasta que Raimundo de Poitiers accedió a reconocerse vasallo del emperador. Las puertas de su capital fueron abiertas y los griegos pudieron tomar posesión de la ciudadela, izando sus pendones en lo alto de las torres. Cilicia y el norte de Siria volvían a una vez más a formar parte del Imperio Romano de Oriente.

Tablas en el Norte.

La aparición de Juan II Comneno en Cilicia y el norte de Siria no pasó desapercibida para el Islam que acechaba los territorios cristianos sin distinguir entre sus feligreses armenios, francos, griegos y libaneses. El año anterior Zengi, el atabek de Mosul, había derrotado al rey de Jerusalén, Fulko, en la batalla de Montferrand, inclinándolo peligrosamente la balanza del poder en contra de los estados engendrados por la I Cruzada. Hasta 1136 el equilibrio se había mantenido solo gracias a un extraño juego de alianzas que había llegado al extremo de poner en un bando a León de Armenia y al emir danisméndida Ghazi, y en el otro a Bohemundo, el príncipe de Antioquía, junto con algunos vasallos del conde de Edesa. El ascenso de Zengi tras Montferrand significó que el Islam al fin tenía a su campeón. Con la fortaleza en su poder, el atabek de Mosul se garantizaba que los francos ya no podrían avanzar hacia Damasco. De hecho, las ganancias no fueron mayores por la oportuna entrada en escena de los bizantinos.

Con todo, la estadía de Juan II en Antioquía no fue todo lo buena que podría haber sido. Los francos no daban muestras de tolerancia hacia sus nuevos señores griegos y el clero latino de la ciudad estaba molesto por la posibilidad de ser desplazado en beneficio de la jerarquía cismática de los imperiales. El basileo, que no deseaba una ruptura total con sus nuevos vasallos, aprovechó para volver grupas hacia Cilicia, donde los armenios se estaban reorganizando. Habiendo arrancado a los francos la promesa de que colaborarían con él en futuras campañas contra el infiel, se retiró momentáneamente con su ejército en dirección al Norte.

En Cilicia el contraataque de Juan obligó a León a replegarse hacia el Tauro superior, mientras algunos de sus hijos buscaban refugio en la corte de su primo, Joscelino de Edesa. Habiendo restablecido el control sobre la planicie ciliciana, el emperador arremetió luego contra Vahka y Raban que acechó y tomó por asalto. Finalmente, sus patrullas pudieron dar alcance a León y su familia que, cargados de cadenas, fueron enviados a Constantinopla. El rey armenio moriría en la ciudad del Bósforo cuatro años más tarde.

Durante el invierno, Juan se retiró con el grueso de su ejército en dirección a Mamistra, donde el clima no era tan cruel como en las estribaciones del Tauro. Allí pasó los siguientes dos meses preparando en absoluto secreto los pormenores de su siguiente campaña. Entretanto, para distraer y desconcertar a los emires del vecindario enviaba una embajada a Zengi con la intención de llevar tranquilidad al atabek, embarcado a la sazón en una expedición contra los aliados que la ciudad rival de Damasco tenía en el valle del Orontes. Comenzada la primavera y teniendo la retaguardia asegurada, Juan II realizó su siguiente movida ante la sorpresa y el estupor de todos.

II Parte: Los intentos de reconquista.

Griegos contra zengís.

Las maniobras de distracción realizadas durante los meses previos al ataque habían logrado su objetivo y así pudo corroborarlo Juan cuando, al frente de sus tropas, se puso a la ofensiva. Con el aporte de algunos contingentes templarios y asistido por el príncipe de Antioquía y el conde de Edesa, el emperador marchó directo contra los

territorios de Zengi, ubicados al este de Harenc. Sin problemas capturó la plaza fronteriza de Bizaa y como una tromba cayó después sobre Alepo. Pero la gran ciudad se hallaba fuertemente defendida y Juan, que esperaba tomar a sus defensores por sorpresa, prefirió esquivarla y continuar la marcha hacia el Sur para restablecer la línea defensiva que Zengi había quebrado con sus expediciones del año 1132. El 20 de abril de 1138 dejó Alepo a sus espaldas y, desafiando a los arqueros de la caballería ligera musulmana, la emprendió contra las fortalezas que Zengi tenía en el limes con el principado de Antioquía. El 22 tomó Athareb; el 23, Zerdana; el 25, Maarat al-Numan, y el 27 hacía lo propio con Kafartaba.

A continuación, torciendo hacia el Oeste, se volvió hacia el valle del Orontes para poner sitio a la importante plaza munquidita de Shaizar, donde reinaba un emir independiente llamado Abu'l Asakir Sultan. El basileo, que estaba al tanto del estado de cosas en esas latitudes, esperaba que Zengi no se interesase por la suerte de una ciudad que le era esquivo bajo la égida de un linaje que se había empeinado en mantener su soberanía a cualquier precio. Lo paradójico del caso es que Zengi se hallaba unos veinte kilómetros al sudeste, sitiando Hama, cuyo emir, que respondía ahora a la autoridad de Mahmud de Damasco, había expulsado a la guarnición puesta por el atabek de Mosul cuatro años antes. La proximidad, sumada al hecho de que Shaizar era una posición clave en tanto que llave del Orontes hizo dudar a Zengi entre continuar con el asedio o volverse contra los cristianos.

Mientras tanto, Juan había armado sus trabucos y pedreros y ya machacaba con dureza las fortificaciones de Shaizar. Nos cuenta Steven Runciman en su segundo volumen de la trilogía "Historia de las Cruzadas" que era tanta la eficacia del bombardeo que, en medio del fragor de la batalla, un proyectil impactó en la cima de una torre donde ondeaba un estandarte del emir. Habiéndolo partido como una caña rota al medio, el asta fue a dar calle abajo, clavándose en un defensor y matándolo en el acto. Pero los aliados no peleaban con la misma energía y entusiasmo. De un lado el emperador, moviéndose incansablemente entre sus tropas y máquinas de asedio, dirigía, planificaba, gritaba órdenes sin parar y luchaba, mientras que del otro, la situación dejaba mucho que desear. Raimundo de Antioquía se había desencantado, conciente de que podría ser privado de su privilegiado pasar en Antioquía por una existencia mucho más menesterosa en la frontera. Por su parte, Joscelino de Edesa no se decidía nunca a colaborar con aquéllos que habían sometido a sus parientes armenios y le habían impuesto vasallaje a su condado. Además no le gustaba la idea de que el emperador privilegiase a Raimundo por sobre él. Tenía conocimiento que era voluntad del basileo crear un estado tapón con sede en Alepo, entre los territorios de Mosul y el principado de Antioquía, y que Raimundo era el candidato de los griegos para regirlo. Con sus tierras permanentemente expuestas a las razias del infiel, a Joscelino lo perdió la envidia, abandonándole el deseo de combatir.

Juan II, que estaba al tanto de la situación, empezó a temer por la suerte de la campaña. Los defensores de Shaizar no daban muestras de debilidad y para colmo de males habían empezado a circular rumores según los cuales Zengi había abandonado Hama para socorrer a los asediados. Inclusive, atizando el desánimo general, las versiones que llegaban al campamento cristiano indicaban que la población de Bagdad reclamaba la guerra santa a su sultán, pedido que se había hecho eco entre los danisméndidas y los musulmanes del Jezireh.

El emperador, que ante todo era un estratega, debía decidir entre tres opciones posibles: mantener su posición y verse cercado por los musulmanes, dividir sus fuerzas para enfrentar a Zengi, o llegar a un acuerdo con la ciudad y regresar a territorio cristiano con su ejército intacto. Había mucho en juego como para pasarla de simple bravucón; valiosas máquinas de asedio y una hueste que a su padre le había llevado años reorganizar. No era buena idea salir a enfrentar a Zengi dejando detrás los pedreros, catapultas y trabucos; tampoco le causaba gracia el hecho de marchar a la batalla con aliados tan indolentes y egoístas. Decidió firmar la paz y levantar el asedio. Zengi, que se aproximaba dubitativo intimidado por las dimensiones del ejército que tenía delante, respiró por fin aliviado. El 20 de mayo, luego de arrancarle al emir de Shaizar una serie de ventajosas concesiones, Juan dio la orden de retornar a Antioquía. La aventura en el norte de Siria tocaba a su fin. Excepto por haber restaurado la línea defensiva del principado a través de la recuperación de Bizaa, Athareb, Zerdana, Maarat al Numan y Kafartaba, las manos vacías denotaban el fracaso de la ambiciosa expedición. Para Juan la lección llegaba tarde: nunca más se fiaría de sus aliados francos.

Ocasión perdida.

A finales de mayo de 1138 el ejército bizantino, arrastrando tras de sí a sus odiosos aliados, se estacionó delante de las murallas de Antioquía. El emperador estaba sumamente disgustado por la actitud de los francos y dolido a causa de la ocasión perdida frente a las fortificaciones de Shaizar. No había terminado de transponer el puente de Hierro cuando le hizo saber a Raimundo de Poitiers que tenía la intención de hacer una entrada solemne en la ciudad, la misma que hacía un señor frente a sus feudatarios.

Fue una experiencia humillante para el príncipe de Antioquía y el conde de Edesa. Raimundo y Joscelino no pudieron negarse a las exigencias del emperador y no tuvieron más remedio que marchar a pie junto al destrero de Juan, haciendo las veces de palafreneros. El desfile del basileo y su comitiva fue algo extraordinario para los antioqueños, que hacía más de un siglo no veían a un emperador apersonarse en su ciudad. Juan fue conducido a través de las calles engalanadas hasta la catedral, donde el patriarca le aguardaba junto con la alta jerarquía clerical para officiar una misa. Al cabo de los servicios religiosos mandó a llamar a Raimundo, mientras se hospedaba en el palacio.

En la entrevista que siguió la sorpresa de Raimundo ante los requerimientos de Juan fue mayúscula. Durante el regreso de Shaizar, Juan se había propuesto utilizar Antioquía como base de operaciones contra los musulmanes de Siria y Jezireh. El lamentable papel desempeñado por Raimundo y Joscelino en el último asedio no le dejaba muchas opciones. No servía un vasallo inestable allí donde podía haber un delegado imperial de confianza elegido por él en persona. Los planes del basileo no eran una alternativa descabellada en tanto que esfuerzo serio y coordinado para contrarrestar la creciente estrella del atabek de Mosul. Pero Raimundo entró en pánico. Asistido por Joscelino de Edesa armaron una supuesta revuelta y le hicieron saber al emperador que su vida estaba en peligro.

La argucia ganó esta vez la partida y Juan se reunió extramuros con su ejército. Antes de partir obligó a los príncipes a que le rindieran nuevamente pleitesía, tras lo cual salió con lentitud hacia las puertas sirias. Había recibido noticias de que los selyúcidas de Masud I, respondiendo al llamamiento realizado por Zengi en Hama, estaban devastando Cilicia, por lo que deseaba restablecer el orden en la nueva provincia. Una vez allí no tuvo problemas en recuperar Adana y rechazar a los invasores hasta las puertas cilicianas.

Balance de la campaña.

Si el restablecimiento de la autoridad imperial en Cilicia hubiera sido la mayor ambición de Juan podríamos decir que la expedición en Oriente habría alcanzado su objetivo. Sin embargo las aspiraciones del segundo de los Comnenos iban mucho más allá y, según parece, comprendían algunos territorios que eran claves para Zengi. La conquista de Alepo habría servido en primer lugar para levantar una barricada frente a cualquier intento de Bagdad por recuperar su presencia al otro lado del Eufrates. En segundo término habría cortado la comunicación entre los musulmanes de Mosul y aquéllos que, aunque independientes, mandaban en Damasco y Egipto. En última instancia habría dado mayor cohesión a los estados de Antioquía y Edesa, engrosando la cuña cristiana que penetraba en dirección al Jezireh y poniendo más distancia entre Damasco, por un lado, y Melitene (Danishmend) e Iconio (Rum), por el otro.

En cualquier caso, los beneficios estaban a la vista, pero Alepo no se amilanó ante el emperador y el posterior empecinamiento de Shaizar aseguró su posesión para el Islam. La captura de Edesa por Zengi en 1143 tal vez nunca habría tenido lugar con Alepo en manos cristianas y la II Cruzada no se habría engendrado, al menos con los condimentos que hoy le conocemos. Juan II cargó a su tesorería con una enorme erogación que casi no le reportó beneficios. Todo lo contrario: contrajo hipotecas en Cilicia y el norte de Siria que le harían regresar a él y a su hijo y sucesor, Manuel, de manera recurrente para restablecer el orden o reclamar un vasallaje más efectivo.

En un análisis más profundo hasta podríamos decir que el estado selyúcida habría sido un objetivo con mejores ventajas geopolíticas. Hacia 1130 los danisméndidas se habían revelado como el poder musulmán más peligroso de Anatolia, desplazando a sus hermanos de Rum, Erzincan, Divrig y Kharpout. Rum, a diferencia de Cilicia y Siria, estaba más cerca de los centros nerviosos que el Imperio había recobrado en Asia Menor tras la I Cruzada: Nicea, Esmirna, Filadelfia, Sínope y Trebizonda. Su destrucción habría permitido llevar los estandartes griegos casi hasta el centro mismo de Capadocia y clavarlos en ciudades que no veían la autoridad romana desde hacía más de medio siglo. En lugar de ello Juan prefirió acometer la tarea de controlar por el Norte a los danisméndidas de Neocesarea y por el Sur, a los revoltosos armenios y francos lo mismo que al creciente poder de Zengi. Tal vez pensaba atenazar en algún momento posterior los territorios selyúcidas, cosa que jamás llegaría a suceder bajo su reinado.

Para los armenios de Cilicia y los latinos del principado de Antioquía y del condado de Edesa la súbita llegada del emperador no pudo ser más oportuna. En vísperas de la campaña de Juan, Zengi les había vencido una y otra vez, llegando inclusive a cercar al rey de Jerusalén, Fulko, en la fortaleza de Montferrand. De no haber intervenido los bizantinos, Edesa habría caído probablemente algunos años antes

y Antioquía habría corrido la misma suerte junto con el litoral de Siria. La omnipresencia de Bizancio garantizó pues la supervivencia de los estados cruzados y restableció el equilibrio del poder justo cuando la balanza se inclinaba a favor del Islam por obra de su campeón, Zengi.

Los preparativos para la segunda expedición (1138-1140).

Luego de abandonar Siria, y habiendo comprobado la devastación hecha por Masud en Adana, Juan dejó guarniciones leales en todas las ciudades de Cilicia y regresó a Constantinopla. Esperaba que durante su ausencia el gobernador de la nueva provincia fuera capaz de mantener las conquistas logradas durante la campaña de los años 1137 y 1138. De hecho, durante el viaje de vuelta dividió a una parte del ejército para expulsar a los selyúcidas de la zona de Adana y castigar a Masud, que se avino rápidamente a negociar. Pero no había transcurrido un año cuando los danisméndidas de Mohamed, superando Coxon, invadieron la zona alta de Cilicia y tomaron la gran fortaleza de Vahka. Un segundo ataque se produjo poco después y tuvo como objetivo la comarca ubicada entre Ancyra y Leuce, que el emir Mohamed asoló con la connivencia de Constantino Gabras, el díscolo duque de Trebizonda.

En julio de 1139 Juan aplazó su regreso a Oriente para ocuparse de los problemas que habían surgido en la zona del Ponto. Una vez más se colocó al frente del ejército imperial y, tomando el camino que salía desde Nicomedia, avanzó por Bitinia y Paflagonia liberándolas de turcos. Luego, habiendo rebasado Kastamuni y Sínope, alcanzó la periferia del ducado de Trebizonda donde Gabras debió reconocer su supremacía. Mas el intento realizado contra una de las capitales de Mohamed, Niksar (Neocesarea), fracasó estrepitosamente y Juan debió retirarse con las manos vacías hacia la costa. La muerte del emir al año siguiente quebrantaría el poderío de los danisméndidas y haría fatua una nueva expedición punitiva.

Entretanto, la situación en Cilicia y el norte de Siria se seguía complicando día tras día. A la pérdida del importante bastión de Vahka y de algunos castillos en las Montañas Rojas a manos de los danisméndidas, le había seguido una serie de reveses en el limes con los territorios zenguíes, donde Raimundo de Antioquía no lograba frenar a las fuerzas de Mosul. Todos los progresos realizados antaño finalmente se perdieron por la indolencia de los aliados francos: Bizaa, Athareb, Kafartaba, Maarat al-Numan y Zerdana cayeron casi sin lucha y solo la partida de Zengi hacia Damasco salvó a los de Antioquía de mayores humillaciones.

Urgido por la desesperada situación en Oriente, Juan II comenzó a preparar su segunda campaña contra Antioquía. En esta ocasión proyectaba liberar Cilicia de turcos para luego pasar al norte de Siria, donde pensaba devolver aquella ciudad al control directo del Imperio. Esperaba con ese fin reflatar su idea de crear un estado tapón entre los emiratos musulmanes de Damasco y Mosul y la gran ciudad del norte de Siria, que cedería al desplazado príncipe de Antioquía. Ello suponía un problema adicional, dado que el solio patriarcal de la metrópoli pertenecía al latino Radulfo y el emperador deseaba traspasarlo a un griego del rito ortodoxo. Antioquía contaba aún con una comunidad helénica muy numerosa que vería con agrado esa medida. Pero... ¿cómo reaccionarían los francos y el mismo Papa?

Un precio demasiado alto.

Para su segunda campaña Juan II convocó a su amigo y asesor Juan Axuch y a sus cuatro hijos varones, Alejo (1106-1142), Andrónico (1108-1142), Isaac (1115-1174) y Manuel (1122-1180). Antes de partir apeló a su aceptada cancillería para neutralizar al único rival que podía aprovechar su ausencia para obtener algún beneficio territorial a costa del Imperio: Roger de Sicilia. Sus delegados lograron una alianza con la casa reinante del Sacro Imperio y retornaron de Alemania acompañados por Berta de Sulzbach, la futura esposa de Manuel, el hijo menor del basileo. También se sellaron acuerdos de cooperación con las repúblicas marítimas italianas de Génova y Venecia que permitirían neutralizar a la flota normanda en caso de un ataque contra Grecia.

Con la retaguardia asegurada Juan II, al frente del ejército imperial, pasó al Asia Menor en la primavera de 1142 tomando la ruta que conducía al Sur, directo a la ciudad portuaria de Attalia. A lo largo del camino fue limpiando la provincia de turcos hasta que súbitamente la muerte de su hijo mayor, Alejo, detuvo su avance cuando esperaba en los confines de Panfilia. El drama familiar vino a alterar los planes dinásticos del basileo, para quien Alejo constituía la opción natural y lógica en la cadena sucesoria. Al respecto, si nos atenemos a las palabras del cronista contemporáneo Juan Cinnamus, mientras Alejo había sido escogido para heredar el trono, Manuel contaba con la aquiescencia del emperador para gobernar sobre un principado que se constituiría con los territorios de Chipre, Attalia, Seleucia, Cilicia y Antioquía. Sus dotes de valiente soldado y hábil comandante habían sido largamente probadas frente a las murallas de Neocesarea y parece ser que Juan deseaba colocar a alguien capaz para contender contra francos, armenios y turcos en el limes oriental.

No había terminado el basileo de asumir la pérdida de su primogénito cuando Andrónico murió también de manera misteriosa mientras acompañaba junto a Isaac el cuerpo sin vida de su hermano, de vuelta a Constantinopla. El dolor, sin embargo, no aplazó la campaña. Fingiendo que se dirigía a recapturar los castillos perdidos a manos de los danisméndidas en la alta Cilicia, Juan cruzó el país e inesperadamente se presentó ante Tell-Bashar, adonde el conde de Edesa llegó a marchas forzadas para rendirle pleito homenaje. Luego, en septiembre de 1142, descendió hasta el castillo templario de Baghars (Gastun) desde donde despachó una embajada para pedir la rendición al príncipe de Antioquía.

Puesto entre la espada y la pared, Raimundo se tomó el tiempo necesario para responder. No deseaba entregar su capital a los odiados griegos y contaba con el apoyo de sus principales vasallos en caso de que tuviese que recurrir a las armas para hacer prevalecer sus derechos por sobre la letra muerta del tratado de Devol. Tampoco el rey de Jerusalén, Fulko, se mostraba dispuesto a aceptar la primacía del emperador como si lo había hecho antes, durante la expedición de 1137.

Aguardando la señal para tomar posesión de Antioquía, Juan recibió en cambio una ambigua invitación que el obispo de Jabala se encargó de depositar en sus manos: Raimundo le abriría las puertas de su capital tan solo para permitirle una solemne entrada. Pero nada más. En consecuencia, el basileo mandó a sus hombres a que bruñeran los escudos y afilaran las espadas. Atacarían finalmente Antioquía.

Como el invierno estaba a punto de comenzar, los bizantinos se contentaron con saquear los alrededores respetando siempre las propiedades de los griegos del lugar. Juan no deseaba poner sitio a la ciudad en una época tan desfavorable del año y ordenó a sus hombres retirarse a los cuarteles de invierno, en la llanura de Cilicia. Allí estaba planificando el asedio cuando, en una batida de caza, resultó accidentalmente herido por una flecha. Pocos días más tarde moría de envenenamiento de la sangre al infectársele la herida. Los sueños de recuperación territorial en aquellas dilatadas latitudes se habían cobrado un alto precio. A cambio de la posesión de los escarpados riscos de Cilicia y de los valles y vegas de Antioquía, el Imperio sacrificaba a uno de sus mejores emperadores ante el regocijo general de francos y armenios.

Confusión en Oriente.

La desaparición de Juan provocó una mezcla de conmoción, alivio y ansiedad entre aquellos potentados que, de una manera u otra, estaban relacionados con las pretensiones reivindicatorias de los soberanos bizantinos. En primer lugar, los francos de Antioquía y Edesa recuperaron la compostura al observar cómo el ejército imperial recogía sus vagones de maquinaria y regresaba sobre sus pasos a Europa. Tanto Raimundo como Joscelino se vieron nuevamente con las manos libres para seguir laborando acorde con los avatares que dictaban el carisma y la iniciativa de Zengi. Actuando siempre bajo la presión ejercida por el atabek de Mosul, ambos se limitaron a concluir alianzas poco efectivas con los emires rivales de las ciudades musulmanas vecinas, como Kara Arslán de Diarbekir, Sawar de Alepo y Jemal ed-Din Mohamed de Damasco. Sin embargo se trataba de esfuerzos aislados que nunca llegaban a neutralizar la estrella creciente del Islam.

Por el lado del Reino de Jerusalén, el panorama era muy parecido. Fulko, al igual que sus colegas del Norte, había implementado una política de cooperación con la dinastía búrida de Damasco para mantener a raya a Zengi. En el lapso que llevaba como rey había aprendido que la mejor manera de conservar la integridad territorial de su estado era practicando la tolerancia hacia aquéllos emires musulmanes que rechazaban la autoridad de Mosul. Inclusive antes de la segunda campaña de Juan II había socorrido a Mohamed, obligando a Zengi a levantar el asedio de la capital búrida. Un verdadero hallazgo en medio de tanto fanatismo y odio religioso. Pero Fulko murió en 1143 y el reino de Jerusalén, huérfano de liderazgo, empezó a naufragar en las manos de la reina Melisenda y de su joven hijo Balduino. Los lazos de vasallaje con los estados francos del Norte se resintieron al punto de que Joscelino de Edesa llegó a desconocer casi por completo la autoridad real.

Los armenios, entretanto, no daban muestras de poder salir de su estado de postración. Habiendo terminado con la independencia del estado roupénida, la primera expedición de Juan II también supuso un duro golpe para la casa reinante en Sis. Luego de apresar a León, su esposa y dos de los hijos de la pareja, Roupén y Thoros, las fuerzas imperiales se ocuparon de dejar guarniciones en todas las principales ciudades de Cilicia que hicieron imposible cualquier intento armenio por sacudir el yugo griego. Hasta 1145 los roupénidas asistirían como meros espectadores a la lucha acérrima por el control de la región, llevada adelante por bizantinos y antioqueños.

Dando gracias al Cielo que los liberaba de una impronta indeseable, los francos de Ultramar no se dieron cuenta que con la muerte de Juan II Comneno perdían al único aliado de valor en la lucha contra el infiel. Hasta entonces, la cercanía del basileo había mantenido a Zengi fuera de combate y amedrentado al otro lado del Eufrates. El atabek de Mosul respetaba la habilidad de los bizantinos para la guerra tanto como su supremacía en el campo de batalla. Si había logrado expulsarles de Shaizar era por que una serie de factores había jugado a su favor: la enérgica resistencia de los defensores de la ciudad, la indolencia de los aliados francos del emperador y el apoyo moral y material prestado por Bagdad (Califato), Iconio (selyúcidas) y Cesarea (danisméndidas). Ahora, con los bizantinos ocupados en la cuestión de la sucesión y por ende fuera de combate, la situación se aclaraba para Zengi. El Islam le reclamaba como su campeón y él no perdería tiempo en darle su primer gran trofeo.

III Parte: Cambian las tornas.

Las pretensiones de Raimundo de Antioquía.

En su lecho de muerte, Juan II debió evaluar detenidamente los atributos y defectos de sus presuntos herederos varones. La elección no era una cuestión menor para el emperador ya que de la misma dependía por un lado, el hecho de asegurarse una sucesión pacífica y, por el otro, el mantenimiento de la exitosa política de restauración imperial implementada por su padre. Alejo y Andrónico, sus hijos mayores, habían muerto al inicio de la campaña y solo quedaban Isaac y Manuel. Quizá con la ayuda del turco Juan Axuch, su amigo de la infancia, y seguramente analizando el comportamiento demostrado por ambos en los asuntos de estado, el moribundo basileo prefirió a su hijo menor. Hizo jurar a sus generales que respetarían la decisión tomada y, delante de ellos, colocó la corona imperial en la cabeza de Manuel. Murió poco después con la tranquilidad de haber evitado al Imperio una sucesión traumática.

La resolución de Juan al cabo demostraría sus frutos. En Manuel confluían algunos de los valores que habían caracterizado a su padre y a su abuelo; tal vez el más importante era su sentido de responsabilidad seguido allí nomás por una concepción de liderazgo que, habiéndola heredado, reforzaría con el correr del tiempo merced a su personalidad belicosa y a su fogoso temperamento. No era poca cosa, pues se avecinaban tiempos difíciles para el Imperio.

Así, pues, mientras Manuel volvía grupas hacia Constantinopla encabezando en solemne procesión la caravana que conducía al cuerpo exánime de su padre, en Cilicia y el norte de Siria los acontecimientos empezaban a dar un abrupto e inesperado vuelco. A la muerte de Juan, acaecida en abril de 1143 siguió la de Fulko, el rey de Jerusalén, en el otoño de ese año. La situación para los cristianos de Oriente comenzó a deteriorarse con rapidez, tanto más por cuanto los armenios tampoco las tenían todas consigo, con su linaje real preso en Constantinopla. Zengi, que observaba atentamente cómo sus enemigos se sumían en la confusión entregándose a ácidas rencillas, empezó a preparar el acto que tanto le reclamaban sus correligionarios y el mismo califa de Bagdad.

Al otro lado del Eufrates, mientras tanto, el príncipe de Antioquía, envalentonado por la ausencia de una figura de peso como había sido la de Fulko, reunió a su ejército y

salió a probar suerte en Cilicia. Tarso, Adana, Mamistra y Anazarbo estaban controladas por las guarniciones bizantinas desde los tiempos de la primera expedición de Juan. A Raimundo no lo amilanaron las poderosas fortificaciones de los castillos de la provincia. Tampoco lo hicieron las amenazas proferidas por los delegados de Manuel. Sin problemas traspuso las Puertas Sirias, rebasó los peligrosos picos de la cordillera Amánica e invadió por fin los valles del Pyramus y del Sarus. Meros espectadores de las luchas entre antioqueños y bizantinos, los armenios roupénidas mantuvieron una prudente neutralidad.

Contando con el apoyo logístico de sus aliados hethoumianos de Lamprón, las guarniciones griegas se aprestaron a resistir el ataque de Raimundo. Enviaron no obstante emisarios para pedir refuerzos urgentes a Constantinopla. Manuel, para quien Cilicia tenía una importancia radical como nexo con el norte de Siria, decidió de inmediato preparar una expedición contra Raimundo. Los problemas que afrontaba en su capital no le dejaron otra opción que comisionar a sus mejores generales para dirigirla: los hermanos Andrónico y Juan Contostéfano, el turco converso Bursuk y el almirante Demetrio Branas. Así, pues, arañando de aquí y de allí, logró reunir en un lapso relativamente corto de tiempo una fuerza de varios miles de hombres y una pequeña escuadra para transportarla lo más rápido posible a destino.

En Cilicia, Andrónico y Juan recuperaron uno por uno todos los castillos y aldeas perdidos. A decir verdad, Raimundo no representaba un peligro serio excepto por la cercanía de su capital, que le permitía moverse a discreción por la provincia echando mano a sus recursos cuando la situación se tornaba apremiante. Por el contrario, los bizantinos debían salvar extensas distancias a partir de sus dilatadas líneas de comunicación a través de Caria y Panfilia. Con todo, lograron expulsar a los francos y perseguir a Raimundo más allá de las Puertas Sirias, manteniendo las llanuras del Sur con las grandes ciudades bajo el control imperial.

El fin del condado de Edesa.

La guerra entre francos y griegos sumada a la rivalidad creciente entre el Joscelino de Edesa y Raimundo de Antioquía precipitaron finalmente la decisión de Zengi de atacar allí dónde la debilidad de los cristianos mostraba brechas. El punto elegido fue el estado de Edesa, emplazado al oeste de su capital.

Fundado por Balduino de Boloña, el condado de Edesa había sido la primera entidad política en surgir de las entrañas de la I Cruzada. Enclavado como una cuña entre los territorios musulmanes de Melitene, Iconio, Alepo y Mosul, carecía de fronteras naturales por lo que su defensa exigía grandes esfuerzos e ingentes recursos. Repartido a un lado y otro del río Eufrates, el condado estaba rodeado de una constelación de emiratos cuya desunión garantizaba su supervivencia. La exaltación de Zengi, primero, y su posterior encumbramiento después, pusieron a los edesanos de cara con el peligro que representaba un Islam en proceso de reunificación.

Joscelino, que era conciente de su delicada posición, había contrarrestado su evidente debilidad pactando con sus vecinos musulmanes. Su principal aliado era Kara Arslán, el príncipe ortóquida de Diarbekir, la Amida de los romanos, con quien había firmado un tratado de asistencia recíproca que obligaba a ambas partes a acudir en

ayuda de la otra en caso de producirse un ataque desde Mosul. Por eso, cuando en el otoño de 1144 Zengi condujo a su ejército contra Kara Arslán, Joscelino se vio impelido por el convenio a salir de Edesa en su ayuda.

Advertido de los movimientos del conde, Zengi se apresuró a volverse sobre la capital cristiana, a la que halló escasamente defendida. Le puso sitio casi de inmediato y al cabo de cuatro semanas logró abrirse paso hacia la ciudadela, con Joscelino brillando por su ausencia ante el escozor de la descorazonada población. La ciudad cayó el 24 de diciembre pese a la valerosa resistencia de la guarnición. Saruj, la segunda gran fortaleza cristiana emplazada al este del Eufrates, cayó poco tiempo después. Los musulmanes estaban de parabienes y no era para menos. Habían conseguido aniquilar al primer estado fundado por los cruzados. Con Manuel bien lejos, los armenios acobardados en el Antitauro y los francos de Jerusalén dudando en seguir a una reina, el atabek de Mosul cayó en la cuenta que podía moverse sin condicionamientos. Solo tenía a los búridas de Damasco clavados como una espina en su flanco. Debía eliminarles cuanto antes por la gloria de su causa y la unidad del Islam.

Un nuevo líder para los roupénidas.

La campaña de 1137 realizada por Juan II no solo les había costado a los armenios de la casa roupeniana la independencia sino también el cautiverio de los cuadros dominantes de su linaje señorial. Hacia finales de 1144 León ya había muerto lo mismo que su hijo Roupen. Sin embargo su hijo más joven, Thoros, había sido lo suficientemente astuto como para ganarse el favor de los altos dignatarios palaciegos e inclusive la confianza del emperador. Aprovechando el descuido de sus captores, el príncipe se las ingenió para escapar de Constantinopla y, según parece, arribar por mar al puerto de San Simeón, en el principado de Antioquía. Al respecto Vahram de Edesa escribe:

“Habiendo alcanzado la sección montañosa de Cilicia, él (Thoros) se encontró con un monje jacobita llamado Atanasio, a quién confesó su verdadera identidad. El monje, lleno de júbilo, le dio la bienvenida. Los armenios que permanecían en el país y aquéllos que se habían refugiado en las montañas, sometidos en ambos casos a la opresión de los griegos, deseaban fervientemente el retorno de la vieja casa reinante. Al ser informados por el monje jacobita de la vuelta del príncipe, se unieron sin dudarle a Thoros, proclamándole de inmediato como su barón”.

La llegada de Thoros y su posterior consolidación se vieron favorecidas entre otros factores por la dispersión de autoridad y la confusión reinantes en Cilicia y el norte de Siria. Los francos de Antioquía se hallaban a la sazón acobardados por el creciente poderío de Zengi, lo mismo que los edesanos, quienes acababan de perder su propia capital a manos del atabek de Mosul. Por su parte, los bizantinos se encontraban empantanados en un complicado asedio que tenía como protagonistas a Manuel y al sultán de Iconio, Masud. El basileo se había visto obligado a tomar las armas contra sus vecinos con la esperanza de reabrir la ruta costera hacia Cilicia y Siria, que los selyúcidas habían cortado tras apoderarse de la pequeña pero estratégica fortaleza de Pracana, en el centro de Panfilia. Así, pues, el conflicto con los turcos rumi, primero, y el advenimiento de la II Cruzada, después, iban a mantener a los griegos con las manos atadas durante algún tiempo. Finalmente, los danisméndidas tampoco suponían una amenaza seria para Thoros enzarzados como estaban en luchas intestinas entre los

incompetentes sucesores de Mohamed ibn Ghazi, Dhul Nun, Yacub ibn Ghazi y Aid ed-Daulat ibn Ghazi. En estas condiciones, el príncipe roupénida, asistido por sus hermanos Esteban y Mleh, no tuvo inconvenientes en expulsar a la guarnición griega que defendía al castillo de Vahka.

Thoros, el espectador privilegiado.

En 1148 la II Cruzada llegó a Tierra Santa supuestamente para recuperar Edesa de manos de Nur ed-Din, el sucesor de Zengi. La conducían dos potentados occidentales, Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia, además de algunas importantes figuras de la talla de Leonor de Aquitania, Federico de Suabia, Ladislao de Bohemia, Boleslao de Polonia, Roberto de Dreux, Enrique de Champagne, Thierry de Flandes, Enrique Jasimigott de Austria, Guelfo de Baviera, Amadeo de Saboya y Alfonso Jordán de Tolosa. Semejante concurrencia había despertado grandes expectativas entre los barones francos del norte de Siria, que eran los más amenazados por el creciente poderío de los zengíes.

Sin embargo, la nueva cruzada esquivó el objetivo principal que eran los territorios de Nur ed-Din para poner asedio a Damasco, un aliado fiel de Jerusalén contra Mosul y Alepo. Sin duda alguna, mucho tuvieron que ver los recién llegados en la fatídica elección; quizá pensaban que con Damasco en sus manos aislarían a los musulmanes de África con sus hermanos de Siria y Oriente, o tal vez creían que la posesión de la ciudad les garantizaba una barrera natural allí donde el Jaulán se abría sin obstáculos hacia el Este. O las dos cosas a la vez. Lo cierto es que frente a Alepo y Edesa, la opción de Damasco estaba más a tono con el pensamiento del cruzado medio. Damasco era una ciudad cuyo nombre aparecía en las Sagradas Escrituras por lo que su captura sería saludada por toda la Cristiandad y redundaría en mayor gloria de Dios.

Descorazonados y sorprendidos, tanto Joscelino como Raimundo perdieron rápidamente el entusiasmo. En los meses previos ambos habían asistido al bochornoso espectáculo de ver cómo Nur ed-Din assolaba sus dominios conquistando una por una todas las fortalezas emplazadas al este del Orontes: Artah, Besarfurt, Kafarlata y Balat. Creían con razón que la Cruzada había sido predicada para ayudarles a apuntalar sus respectivos estados y que la consigna era destruir el poderío de los zengíes a partir de la captura de Alepo. Cuando se hubieron enterado del destino final de la empresa, ninguno de los dos aceptó unirse a ella.

Al esquivar el centro neurálgico de los zengíes que en realidad era Alepo, la II Cruzada arrojó a los búridas de Damasco a las manos de Nur ed-Din. Y al fracasar la expedición (el asedio apenas duró cinco días) los francos del norte de Siria quedaron más huérfanos que nunca. La desazón y el pesimismo que imperaban en las cortes de Antioquía y Turbessel eran diametralmente opuestos a la euforia que se vivía en la baronía Armenia de los roupénidas, enclavada en torno al nido de águilas de Vahka. En el castillo, el príncipe Thoros no dejaba de sorprenderse por la manera en que le sonreía la suerte. Todos sus vecinos sin excepción se hallaban enfrascados en ataques y contraataques: Nur ed-Din se encontraba en el Sur tratando de sacar provecho del desbande de la Cruzada; Raimundo y Joscelino, por su parte, no cejaban en su empeño por recomponer los limes perdidos de sus estados aprovechando la ausencia de su inveterado rival; los bizantinos, entretanto, afrontaban un traicionero ataque normando

en Corinto y finalmente los danisméndidas de Melitene la estaban pasando muy mal frente a Masud de Iconio y a Kara Arslán de Diarbekir.

Entre 1149 y 1151, excepto Thoros, todos los potentados cristianos del norte de Siria padecieron en carne propia el yerro fatal de Damasco. En primer término, Raimundo fue derrotado en Baghras por Nur ed-Din, que inmediatamente puso sitio a la fortaleza de Inab. En la siguiente batalla, el ejército de socorro encabezado por el príncipe de Antioquía fue aniquilado, muriendo dos de los aliados de Raimundo: Reinaldo de Marash y Alí ibn Wafa, un jefe kurdo de la secta de los Asesinos. El propio Raimundo sucumbió a manos de uno de los lugartenientes de Nur ed-Din, Shirkuh, que le cortó la cabeza y se la envió al Califa de Bagdad dentro de una caja de plata. La desaparición de Reinaldo, a su vez, decidió a Joscelino a acudir a Marash para hacerse cargo de la hijuela que dejaba el barón muerto. Pero la intervención oportuna de Masud de Iconio le privó del botín que en definitiva sería recogido por los selyúcidas y por los ortóquidas de Diarbekir. En 1151 la desgracia se ensañaría también con Joscelino; estando de camino a Antioquía, sería descubierto por una partida de francotiradores musulmanes y tomado prisionero. Cegado, languidecería durante casi ocho años en las mazmorras de Nur ed-Din.

Los roupénidas recuperan Cilicia.

Tras el desastre de Inab, que costó la vida a los principales barones de la Siria franca, y más aún, con la captura del conde titular de Edesa, se hizo evidente para los cristianos de Ultramar que había que tomar una decisión urgente si se quería eliminar el estigma de los tronos que habían quedado vacantes. Así, pues, mientras que en Antioquía el vacío de poder se arreglaba con una oportuna regencia a cargo de Balduino, el joven rey de Jerusalén, en Turbessel, la condesa Beatriz vendía sus dominios al emperador Manuel. La entrega de la suma acordada en talegos de oro correspondió a Tomás, el gobernador imperial de Cilicia, que efectivizó el pago en Antioquía. A cambio recibió las escrituras de las seis fortalezas supervivientes del condado de Edesa: Turbessel, Ravendel, Samosata, Aintab, Duluk y Birejik.

No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron las razones que llevaron al basileo a hacerse cargo de las dispersas exequias edesanas. Más aún, si se considera que solo Cilicia costaba a los bizantinos ingentes sumas de dinero y una reserva de hombres sumamente gravosa para garantizar la autoridad imperial frente a las continuas arremetidas de armenios y selyúcidas. Quizá el emperador creía que la ocupación efectiva a través de guarniciones leales refrendaba los derechos de posesión que sus antecesores venían reclamando desde los tiempos de la “usurpación turca”. O tal vez pensaba usar las fortalezas eufráticas para controlar más de cerca a sus vasallos de Antioquía y presionar por la retaguardia a los selyúcidas de Iconio. Solo podemos especular al respecto. Lo cierto es que salvo en Turbessel, la resistencia bizantina flaqueó al arrear el primer ataque. En 1151 Masud se apoderó de Aintab y Duluk; el príncipe ortóquida de Mardin, Timurtash, hizo lo propio con Samosata y Birejik, mientras que Nur ed-Din tomaba posesión de Ravendel y Turbessel. Para julio de aquél año no quedaban ya trazas ni del condado de Edesa ni de la autoridad bizantina que lo había relevado.

La distracción generada por las invasiones musulmanas tuvo aún un efecto peor sobre Cilicia. Para coordinar la defensa de las nuevas posesiones, el gobernador Tomas se vio obligado a echar mano a los escasos recursos que disponía, debilitando las guarniciones de las ciudades del Tauro y de la llanura ciliciana justo cuando los roupénidas se aprestaban a dar un nuevo golpe. La dispersión resultó fatal para los bizantinos. Envalentonado por la reciente conquista de Vahka y con la asistencia de contingentes provistos por sus hermanos Mleh y Esteban, Thoros II se aventuró en un arriesgado asedio contra la capital provincial de Mamistra. Sin dudar, Tomás salió a su encuentro con el grueso de la guarnición pero fue derrotado y muerto frente a las puertas de la ciudad. Mamistra cayó casi de inmediato, poniendo al descubierto la debilidad de los bizantinos para controlar las restantes fortalezas de la provincia.

El contraataque de Bizancio.

Preocupado por la situación en Cilicia y temiendo perder su influencia sobre el principado de Antioquía, Manuel comenzó a preparar una nueva campaña contra los roupénidas comandados por Thoros II. Como primera medida se apresuró a buscar el apoyo de los armenios hethoumianos, quienes siempre se habían mantenido leales a los mandatos de Constantinopla. Cargados con regalos, los delegados imperiales no tuvieron inconvenientes en ganar para su causa a los principales barones de la región: Oshin II de Lamprón, Sembad de Babarón, Dikran de Bragana y Basilio de Partzepert. A último momento, cuando todo estaba dispuesto para la partida, Manuel debió delegar el mando de la expedición ante la amenaza de un contraataque normando en su frontera occidental. Había recuperado recientemente la isla de Corfú con la ayuda de la flota veneciana y aunque sabía que el rey Roger estaba enfrascado en una encarnizada guerra contra los musulmanes del norte de África, creía con razón que su ausencia tentaría a su vecino a reanudar las hostilidades. En consecuencia comisionó a su primo Andrónico Comneno (1123-1185), hijo de Isaac, para dirigir la empresa.

En 1152 el ejército bizantino, en bizarra formación, partió hacia el Este siguiendo la ruta que conducía a la ciudad portuaria de Attalia. Desde allí, Andrónico marchó hacia el interior de Isauria para recoger a sus aliados hethoumianos, que acudieron con contingentes auxiliares. Thoros, entretanto, notificado del avance de los griegos, se había refugiado junto con su séquito en la ciudad de Mamistra, su nueva capital. Allí fue cercado por los imperiales, que establecieron su campamento en las afueras de la ciudad.

Bajo el mando de un general competente, la campaña bizantina de 1152 habría logrado su objetivo de someter al díscolo noble armenio. Pero Andrónico era más cortesano que hombre de armas y su falta de preparación resultó fatal para la campaña. Aprovechando la oscuridad de la noche, Thoros II realizó una súbita salida y sembró el pánico entre las filas de los aliados. Al terminar la jornada, el ejército imperial se hallaba en franco desbande, con Andrónico huyendo rumbo a Antioquía y casi todos los nobles aliados implorando misericordia a sus captores roupénidas, excepto el hermano de Oshin, Sembad de Babarón, que había perdido la vida en el fragor de la lucha.

La derrota de Andrónico dejó en una incómoda situación a las guarniciones griegas de las ciudades cilicianas que todavía respondían al control del basileo. Por su parte, los hethoumianos habían perdido a todos sus líderes y ahora debían consagrarse a

la dura labor de reunir el dinero necesario para pagar los consecuentes rescates. El caos reinante era, sin embargo, un indicio alentador para Thoros II que, sin pérdida de tiempo, empezó a poner condiciones a los príncipes cautivos, comenzando por Oshin II de Lamprón. Para recuperar su libertad, el noble se vio obligado a pagar una cuantiosa suma de dinero, además de entregar a su joven hijo, Hethoum, en calidad de rehén, a su colega roupénida. Más tarde Thoros lo casaría con una de sus hijas para asegurarse la herencia de aquél.

Parte IV: Thoros II, vasallo de Manuel I Comneno.

El turno de la diplomacia.

Durante los años posteriores a 1152 ya no volvería Manuel a probar suerte en la llanura ciliciana. Andaba escaso de soldados nativos y la deslealtad de los mercenarios le había llevado a perfeccionar el sistema de la pronoiá para tratar de arrimar recursos a sus menguados cuadros castrenses. Pero la *stratiotikè* pronoiá estaba aún en pañales por lo que debió una vez más acudir a la diplomacia, ansioso por contener el creciente poderío del líder roupénida. Habiendo perdido la capacidad de generar adhesiones al otro lado de las Puertas Sirias, el emperador se vio obligado a tantear a sus vecinos musulmanes de Capadocia con tal de amedrentar a los armenios. No tenía de todos modos muchas opciones: tras la muerte de Mohamed ibn Ghazi los danisméndidas habían perdido la brújula, enzarzados en continuas luchas fratricidas o enfrentados con sus rivales de Iconio, Mosul, Digrig y Erzurum (Teodosiópolis). Además sus territorios habían dejado de lindar con los de Thoros luego de que el sultán Masud estableciese su control sobre una extensa franja de tierra que corría desde Marash hasta Kaisun, Aintab y Duluk. Solo quedaban los selyúcidas de Iconio y a ellos recurrió el basileo, apelando a su inagotable erario.

Instigados pues por Manuel, los turcos de Capadocia invadieron Cilicia probablemente en la primavera de 1153. Al frente de las tropas, Masud llevaba las condiciones exigidas por el emperador y las suyas propias: que Thoros reconociese su soberanía y que devolviese a los griegos las ciudades y fortalezas de la llanura ciliciana, incluidas Mamistra y Vahka. Sabedor de que lo único que le interesaba al sultán era el numerario del tributo exigido, Thoros no tardó en someterse a la autoridad de Iconio. Sus consejeros no se equivocaron. No había terminado de acatar la voluntad del sultán cuando los turcos rumi dieron media vuelta y regresaron a sus dominios.

Muy lejos de dejarse intimidar por la argucia del emperador y desconociendo los tratados firmados para calmar a Masud, Thoros se lanzó a pillar Capadocia en 1154. Bien tarde advirtió el sultán de Iconio que había sido un juguete en las manos del astuto armenio; alentado por Manuel y dispuesto a hacer cumplir las condiciones originalmente acordadas con los delegados imperiales, Masud despachó a su general Yakub para correr el territorio roupénida.

Previendo la invasión turca, Thoros había tenido la precaución de aliarse con los caballeros templarios de las fortalezas meridionales de Baghras y Gastun. Asistido también por tropas auxiliares suministradas por su hermano Esteban, el príncipe armenio logró sorprender a Yakub en las Puertas Sirias e infligirle una seria derrota. Luego, al decir del cronista Miguel el Sirio, una oportuna plaga de insectos, moscas y

mosquitos, diezmó la moral de los musulmanes, que optaron por retirarse. En el viaje de regreso fueron sorprendidos una vez más por Thoros, si bien las fuentes armenias no mencionan este segundo ataque. Así las cosas, hacia principios de 1155 el noble roupénida era dueño indiscutible tanto de la planicie como de las montañas de Cilicia, con excepción de los castillos templarios del litoral y de algunas fortalezas que los griegos mantenían a duras penas con la asistencia de sus aliados hethoumianos.

Manuel suma nuevos enemigos en Oriente.

Uno de los participantes de la fallida campaña bizantina de 1152, dirigida por Andrónico Comneno, había sido un normando bastante entrado en años, el César Juan Roger. En aquella fecha, el emperador le había comisionado para visitar Oriente en calidad de candidato al principado de Antioquía donde la princesa viuda, Constanza, se hallaba buscando esposo (Raimundo había perecido recientemente a manos de Shirkuh, uno de los lugartenientes de Nur ed-Din). Pero Constanza, lejos de verse atraída por un caballero que la doblaba en edad, escogió como compañero a un noble segundón que había llegado a Tierra Santa junto con la Segunda Cruzada. Se trataba de Reinaldo, el hijo más joven de Godofredo, conde de Gien y señor de Chatillon-sur-Loing.

La pareja contrajo matrimonio en 1153 sin esperar el consentimiento del rey de Jerusalén y aún peor, ignorando olímpicamente los planes de Manuel. El emperador, que estaba en campaña luchando contra los turcos, no tuvo más remedio que avenirse a negociar con el segundón oportunista. Deseaba fervientemente someter a su control la provincia de Cilicia, pero sus dos intentos, la expedición de Andrónico, primero, y la invasión de Masud, después, habían terminado ignominiosamente. Dado que ahora los selyúcidas estaban en buenos términos con Thoros no tardó Manuel en darse cuenta que, reconociendo al nuevo príncipe, podría arrancar algunas concesiones a los antioqueños, entre ellas la de marchar contra los roupénidas del Norte.

Reinaldo aceptó gustoso la propuesta del embajador imperial. Necesitaba el reconocimiento del basileo para mejorar su estrella en el vecindario, por lo que despachó al delegado griego de vuelta a Constantinopla, portando su afirmativa. Luego, al frente de las tropas antioqueñas, atravesó las puertas sirias y expulsó a los armenios más allá de Alejandreta (la moderna Iskenderum). El territorio conquistado fue entregado a los caballeros templarios, quienes de inmediato se dedicaron a reconstruir los castillos que guardaban la planicie ciliciense y el litoral mediterráneo.

No obstante, la docilidad de Reinaldo duraría muy poco tiempo. Habiendo consumido casi todos los recursos de su tesorería en la campaña contra Thoros, Reinaldo solicitó apoyo económico al único poder que estaba en condiciones de procurárselo: el emperador Comneno. Pero Manuel consideró que su aliado no había cumplido ni la mitad de los compromisos asumidos por lo que respondió negativamente y se desentendió del asunto. Fue una decisión que a la corta lamentaría profundamente.

Como buen segundón, Reinaldo era un auténtico producto de la necesidad. Y era ésta la que alimentaba permanentemente su ingenio, haciéndole inquieto y temerario. Sabedor de que nada podía conseguir del basileo, el príncipe reiteró su pedido al patriarca Aimery de Antioquía que tenía fama de tacaño e inmoral. Junto con Balduino de Jerusalén y el emperador, Aimery había sido tiempo atrás uno de los principales

detractores de la boda entre la princesa Constanza y el insufrible noble franco. Al negarse ahora a solventar los gastos del principado, el patriarca se ganó a un implacable adversario.

Decidido a dar un escarmiento al amarrete prelado, Reinaldo redobló la apuesta rayando en la temeridad. Mandó a apresar a Aimery y le encerró en las mazmorras de la ciudadela, adonde el patriarca recibió una durísima golpiza. Cubierto de sangre y con cortaduras en la cabeza, fue izado a los tejados y, encadenado, quedó expuesto a cuanta alimaña voladora surcaba el cielo antioqueño. Presa de la desesperación y asoleado, no tardó Aimery en suplicar por su vida. Consiguió su liberación luego de prometer a Reinaldo el dinero suficiente para su siguiente campaña militar.

Entretanto el príncipe de Antioquía había aprovechado el tiempo para hacerse de aliados entre sus antiguos enemigos. Estaba claro que, como represalia por la negativa del basileo a ayudarle económicamente, su próximo objetivo tenía que ser alguna fortaleza cismática. Sin embargo, el apoyo de los caballeros templarios y de Thoros II le animó a acometer una empresa que no estaba ni en los sueños del más inveterado rival de Manuel. El arrendamiento de una flotilla de embarcaciones descubrió al fin su verdadero objetivo: la rica isla de Chipre.

El saqueo de Chipre.

Desde su reconquista por los bizantinos en 965 la suerte de Chipre había estado atada a los avatares del imperio. Las incursiones árabes del período precedente (siglos VII al X) habían fragmentado la sociedad de la isla, determinando el abandono de casi todos los centros urbanos y el retroceso de la actividad económica prácticamente a niveles de subsistencia. Los excedentes agrícolas apenas permitían una actividad comercial rudimentaria que no llegaba a transponer los límites de la costa. La situación cambió sin embargo con la conquista emprendida por uno de los generales de Nicéforo II Focas (963-969), Nicetas Calcutzes. La soberanía bizantina alentó el intercambio comercial con los temas cercanos de Asia Menor y Creta, aunque el proceso de repoblación de las áreas deshabitadas llevó más de la cuenta. Para colmo de males, el deterioro de la situación económica bizantina repercutió negativamente en el estado general de la isla, puesto que, tras la muerte de Basilio II Bulgaróctonos (1025), el relajamiento de la autoridad imperial alentó a algunos inescrupulosos administradores a proclamarse independientes. El comercio, no obstante, mostraba en esta época mejores indicadores que en la etapa precedente. Periódicamente llegaban a la isla flotas procedentes del Egeo que se ocupaban de acopiar en sus bodegas “*trigo, cebada, legumbres, queso, vino, carne, aceite y todo aquello que la isla dispusiera, inclusive dinero*” (Catacalón Cecaumeno, Concilia et narraciones, 264, 1-10). Todo ello demuestra que la economía había logrado trascender los límites de las fincas, a juzgar por los altos niveles de exacciones que gravaban a sus propietarios y que tenían su correlato en los excedentes que viajaban hacia Constantinopla en calidad de tributos.

La I Cruzada no pasó desapercibida en el horizonte de los chipriotas. Todo lo contrario, la isla pronto se convirtió en una base ideal para las operaciones de avituallamiento del ejército franco que operaba desde Antioquía hasta Jerusalén. En tiempos del emperador Alejo I Comneno (1081-1118), Chipre estableció sólidos lazos con algunos puntos de la costa sirio-libanesa, como Laodicea y Trípoli. Desde sus

puertos partieron la mano de obra y los materiales necesarios para construir algunas de las fortalezas que habrían de levantar los cruzados en su empeño por dominar el litoral mediterráneo. También saldrían los recursos que facilitarían al basileo la puesta a punto de algunas plazas fuertes sobre la costa de Panfilia: Seleucia y Corico, cuyo control era indispensable para mantener abiertas las líneas de comunicaciones con Tierra Santa y Siria.

Sin embargo, todos estos esfuerzos por apuntalar la influencia imperial allende Antioquía tendrían un efecto altamente nocivo en los estándares de vida de la población insular. Obligados a entregar hasta el último grano de sus cosechas los campesinos chipriotas vivirían condenados a la miseria y muy pronto muchos se trasladarían a los centros urbanos atraídos por la ajetreada actividad generada a partir de la llegada de mercaderes italianos procedentes de Venecia, Pisa y Génova. Tal migración devolvería a las ciudades parte del esplendor perdido, y hasta Nicosia, en el interior de la isla, se vería favorecida por la actividad de los puertos (Famagusta, Limassol, Lárnaca y Kirenia).

Bajo el reinado de Manuel I Comneno, la ratificación de los privilegios comerciales concedidos a los comerciantes occidentales en los puertos europeos del Imperio se extendió también a las radas de Chipre. Las ventajas logradas por aquéllos a partir de las crisóbulas del emperador sirvieron para mejorar las condiciones de vida en la isla. De modo que cuando Thoros II y Reinaldo de Chatillon se aliaron con los templarios de Baghras y Gastun para atacar al Imperio, la riqueza allí acumulada selló el destino de Chipre.

La invasión tuvo lugar en la primavera de 1156 y tomó por sorpresa al gobernador de la isla, Juan Comneno, que también era sobrino del emperador. Auxiliado por el eminente general Miguel Branas, Juan intentó bloquear el desembarco de los aliados apelando a la milicia local, pero superado en número debió retirarse hacia el interior para buscar refugio en Nicosia, su capital. Su posterior captura, precedida por la de Branas, pondría fin a la resistencia. Con las manos libres y los ojos desorbitados por la riqueza encontrada, los aliados someterían a la isla a un truculento e ignominioso saqueo.

Fueron tres semanas de caos y rapiña. En ese lapso los chipriotas debieron padecer todo tipo de suplicios y humillaciones. Torturas, violaciones y asesinatos. Arreados como ganado, los cautivos fueron conducidos hacia la costa y divididos acorde con su abolengo. Los ricos serían obligados a pagarse su propio rescate. A los demás les aguardaba la esclavitud. Gregorio el Presbítero asegura inclusive que Reinaldo de Chatillon no perdonó ni siquiera al clero nativo. Saqueó las iglesias y cortó las narices de sus moradores sin distinción de jerarquía. Las cosechas fueron cargadas en los barcos, lo mismo que el ganado de la isla, hasta que por fin el rumor de que una flota griega se hallaba en las inmediaciones obligó a los invasores a levar anclas y poner rumbo al litoral sirio. A Chipre le tomaría décadas recuperarse de semejante devastación.

Y la tierra tembló.

“A principios del otoño de 1156 se produjeron varios terremotos por toda Siria. Damasco no sufrió graves daños, pero llegaron noticias de destrucciones ocurridas en Alepo y Hama, y se derrumbó un bastión en Apamea. En noviembre y diciembre hubo nuevas sacudidas, sufriendo daños la ciudad de Shaizar. Chipre y las ciudades costeras al norte de Trípoli fueron afectadas por nuevos temblores en la primavera siguiente...” (Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas II*, pág. 314).

1157 fue un año que marcó con pánico y sufrimiento las estaciones de Ultramar. Terremotos. La tierra se movió por primera vez en septiembre de 1156 y afectó principalmente a la gran ciudad siria de Damasco. Los temblores se dejaron sentir en una larga secuencia cuyas secuelas fueron descritas en detalle por el cronista árabe Ibn al-Qalanisi. El autor da cuenta en sus crónicas que las sacudidas continuaron en los meses siguientes (10, 17, 18 y 20 de octubre, 1, 2, 3, 9, 18 y 22 de noviembre y 2, 3 y 6 de diciembre), aunque no tuvieron la intensidad de aquéllas registradas en septiembre, cuando verdaderamente sembraron el pánico en Siria.

Con la entrada en vigor del nuevo año la tierra pareció calmarse. Un inusitadamente tranquilo primer trimestre permitió a los damascenos recuperar la calma y aprovechar el tiempo para reparar las fortalezas y casas dañadas. Sus vecinos del Norte imitaron rápidamente el ejemplo. Nur ed-Din era el nuevo señor de la provincia, a la vez que azote de los cristianos de Antioquía y Trípoli, pero las grietas en los muros invitaban a cualquiera a probar suerte contra ellas.

En abril, sin embargo, la tierra se volvió a estremecer marcando la antesala de lo que sería un fatídico año. El 13 de julio, un violento temblor asoló la región central del valle del Orontes. Algunas ciudades como Hama, Homs, Shaizar y Kafartaba sufrieron grandes daños al igual que Alepo, Damasco y algunos poblados del Jaulán. Las grietas y el estado ruinoso de las defensas alarmaron especialmente a Nur ed-Din, que empezó a temer una invasión de los francos. Por ese motivo ordenó la urgente reparación de los bastiones y mantuvo a su ejército reunido y en estado de alerta para prevenir cualquier problema de esa índole.

La noche del 12 de agosto de 1157, mientras los trabajos de refacción marchaban a toda prisa, un terremoto aún más destructivo se ensañó de Ultramar. Con epicentro probablemente en una zona comprendida entre Maarat al-Numan, Apamea y Shaizar, sobre el valle del Orontes, el movimiento telúrico sembró el pánico y la destrucción en toda Siria y más allá, en Chipre, Cilicia y el Jaulán. Los daños fueron tales que ni musulmanes ni cristianos tuvieron ocasión de aprovechar la tragedia del otro bando. Las murallas y los bastiones se agrietaron o vinieron abajo, mientras los edificios colapsaron sobre sus moradores. Hubo muchas pérdidas de vidas humanas, especialmente en Shaizar, Apamea, Hama, Maarat al-Numan, Masiyaf, Homs y Alepo. Al respecto, Steven Runciman señala: *“En Hama los daños fueron tan terribles que el terremoto fue llamado por los cronistas como el terremoto de Hama. En Shaizar, la familia de los munquiditas se hallaba reunida para celebrar la circuncisión de un joven príncipe cuando las grandes murallas de la ciudadela aplastaron a todos los asistentes. La princesa de Shaizar, salvada de las ruinas, y Usama, ausente en sus misiones diplomáticas, fueron los únicos sobrevivientes de toda la dinastía”* (Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas II*, pág. 314).

Las cifras de muertos dadas por los cronistas contemporáneos, aunque exageradas, revelan la verdadera dimensión de la catástrofe. Solo en Shaizar apuntan 40000 y aunque la ciudad fue literalmente demolida por el temblor, parece un número improbable tanto más por cuanto la población de Alepo, para la misma época, alcanzaba los 70000 u 80000 habitantes. Lo cierto es que las fuentes de uno y otro lado (Ibn al-Qalanisi, Miguel el Sirio, Ibn al-Athir, etc.) no dejan de señalar el estado calamitoso en que quedaron las principales urbes de la región. Que el emperador Manuel escogiera aquél momento para castigar a los saqueadores de Chipre e intimidar a Nur ed-Din no debería sorprender. En el Cercano Oriente nadie podía disimular el golpe anímico y menos aún, dejar el luto por algún pariente muerto para tomar las armas contra los imperiales.

La ira del emperador.

“Por eso el gobernador (de Chipre) y Branas, con los eclesiásticos prominentes y los principales propietarios y mercaderes, con todas sus familias, fueron llevados a Antioquía para permanecer en prisión hasta que llegase el dinero (del rescate), con excepción de algunos que, mutilados, fueron enviados a Constantinopla para escarnio” (Steven Runciman, Historia de las Cruzadas, Vol. II, pág. 318).

“Cuando finalmente los invasores huyeron con su rico botín a Antioquía, dejaron tras de sí a Chipre devastada y a los chipriotas en la más absoluta de las miserias. Un terremoto que aconteció el siguiente año, 1157, vino a completar la desgracia de la isla, que tardó mucho en recuperarse de estos golpes” (V. Nerantsi - Varmasi, Historia Medieval de Chipre según las fuentes bizantinas, pág. 52).

De hecho la isla nunca llegaría a restablecerse completamente bajo la autoridad de los emperadores de Constantinopla. La truculencia e impunidad con que Reinaldo, Thoros y sus aliados templarios sometieron a los habitantes de Chipre fueron condenadas con rapidez no solamente en Constantinopla, sino también en la corte de Jerusalén, donde Balduino quedó horrorizado al escuchar los detalles de la campaña. Consideraba al emperador como un valioso aliado y al ejército bizantino como la fuerza de choque por antonomasia, por lo que decidió que había llegado el momento de castigar al indolente príncipe de Antioquía.

El mismo año de la invasión y a poco de haberse producido la misma, Balduino envió una embajada a Constantinopla con la misión de conseguir una candidata para sus esponsales, obviamente de las mismas entrañas de la dinastía reinante. Tras arduas negociaciones resultó escogida Teodora, hija de Isaac Comneno (hermano de Manuel) y hermana de María, la futura reina de Hungría. La princesa bizantina, portando una jugosa dote, arribó a Jerusalén y se casó inmediatamente con Balduino. Con ella traía además una halagüeña misiva de Manuel; el emperador prometía unirse al ejército real en una campaña contra Nur ed-Din si Balduino aceptaba cooperar con los griegos para sojuzgar al indómito príncipe de Antioquía. El rey de Jerusalén, cansado de que los desplantes de Reinaldo siempre dieran a los musulmanes una excusa válida para el contraataque, se mostró encantado de poder colaborar con el basileo.

Por fin, en el otoño de 1158 Manuel I maduró su ira a través de la planificación de una gran campaña militar que tenía como objetivo real a Cilicia y Siria y como

justificación (excusa más bien) la necesidad de contener el creciente poderío de Nur ed-Din. Los preparativos se llevaron a cabo con tanto secreto que cuando el ejército imperial rebasó Corico, más allá de la desembocadura del Kalicadnos, Thoros se hallaba con sus cortesanos a escasa distancia, en Tarso. Puesto en aviso por un peregrino latino que se había adelantado a la vanguardia griega, el príncipe roupénida recogió sus petates y junto con su familia huyó a las montañas. Casi sin resistencia, Manuel fue tomando una a una las grandes ciudades de la región, lo mismo que sus principales fortalezas. En tan solo dos semanas Tarso, Adana, Mamistra, Anazarbo y Sis se hallaban en su poder, mientras sus capitanes, corriendo de pico en pico, perseguían a un desconsolado Thoros, que no se daba por vencido. Lo confinarían al cabo en un arruinado castillo del interior, emplazado en una zona de inaccesibles desfiladeros, cerca de las nacientes del Cydnus.

El turno de Reinaldo de Chatillon.

Con una fuerza estimada en 30.000 o 35.000 hombres, Manuel se aprestó a acometer la siguiente etapa del trayecto, aquella misma que, siguiendo la ruta de las Puertas Sirias le llevaría directo hasta las puertas de la díscola Antioquía. La noticia de los febriles preparativos que estaban teniendo lugar en la llanura ciliciana, extramuros de Mamistra, alarmó a Reinaldo de Chatillon. El indolente príncipe sabía que había llegado la hora de rendir cuentas. Su falta de misericordia para con los habitantes de Chipre durante los saqueos del año anterior le auguraban que el juicio del emperador estaría viciado de una densa dosis de revanchismo y ansias de represalia. Del obispo de Laodicea, Gerardo, recibió el más valioso consejo; acorde con el razonamiento del prelado las intenciones del basileo no eran tanto someter por las armas a la capital del principado sino abrumarla mediante su superioridad y prestigio. Antioquía se hallaba al final de las líneas de comunicaciones recientemente restablecidas por los imperiales, razón por la cual un prolongado asedio dejaría expuesto al emperador a cualquier contraataque musulmán, ya sea que éste proviniese de Iconio (selyúcidas) o Alepo (zengíes).

Nervioso y angustiado, Reinaldo decidió seguirle la corriente a su consejero y despachó de manera urgente una delegación para entrevistarse con Manuel. Los embajadores francos consiguieron arribar al campamento bizantino, en Mamistra, antes de que el basileo diese la orden de reemprender la marcha. Allí le ofrecieron las condiciones con las que Reinaldo pretendía calmar la iracundia del basileo: rendir la ciudadela de Antioquía a una guarnición griega e izar los pendones con el águila bicéfala en las torres de la ciudad. Pero Manuel no quiso saber nada del asunto. Sentía una profunda desconfianza por la palabra de quien consideraba un bellaco oportunista y deseaba profundamente castigarle para que no se confundiera el mensaje: que nadie, ni príncipe ni segundón, ni infiel ni correligionario, podía actuar impunemente contra los bienes del imperio sin recibir el consecuente escarmiento.

La respuesta de sus emisarios le congeló la sangre a Reinaldo. Con el margen de negociación agotado, montó su destrero y salió cabalgando a toda prisa rumbo a Mamistra. En las inmediaciones de la ciudad se encontró con todo el vecindario, que había acudido prestamente para reconocer la supremacía del basileo: embajadores de los danisméndidas de Cesarea y Niksar, del rey Jorge III de Georgia, de Nur ed-Din, del califa de Bagdad y de los ortóquidas del Jezireh. Reinaldo debió esperar a que el emperador atendiese a todos antes de dignarse a recibirle. Por fin, cuando le llegó el

turno, debió someterse a la humillación del espectáculo que los griegos habían dispuesto como parte de las represalias que pensaban tomar contra él. A las afueras de Mamistra, Reinaldo y sus principales secuaces acudieron al encuentro del basileo, descalzos y con la cabeza descubierta, luego de recorrer las calles de la ciudad. En el umbral de la gran tienda real hallaron a los delegados de todos los príncipes y potentados anteriormente mencionados, a los cortesanos de Manuel y a los principales generales y comandantes griegos. En medio del murmullo del auditorio Reinaldo se arrastró hasta el gran trono imperial y arrodillado, permaneció en actitud suplicante hasta que al fin Manuel le dirigió su atención. Al cabo, el perdón le llegó cuando refrendó las condiciones impuestas por el emperador: la entrega de la ciudadela de su capital, el reemplazo del patriarca latino por uno griego y la obligación de remitir un contingente de apoyo toda vez que se le requiriese ayuda desde Constantinopla.

Thoros se somete al basileo.

Cierto es que la irrupción de los imperiales y el ulterior sometimiento de Cilicia y del principado de Antioquía se vieron favorecidos por el estado caótico y el desánimo generalizado causados por los terremotos de 1157. Los temblores, además de dañar las fortificaciones, habían sembrado el temor y la desesperanza en los corazones de la población de Ultramar, tan habituada como el común del hombre medieval a atribuir a lo divino las causas de todas sus bonanzas y tragedias. Los más perspicaces, como el rey de Jerusalén, no vieron con malos ojos la repentina intromisión del emperador. Muy por el contrario, se plegaron a ella sabedores que, como estaban las cosas, era la mejor opción para opacar la creciente estrella del archienemigo musulmán representado en la indómita figura de Nur ed-Din.

Balduino, urgido tal vez por el deseo de presenciar el castigo y la deposición de Reinaldo, se apresuró a viajar hacia el norte en compañía de su hermano, Amalarico, y de parte de su séquito. Al llegar a Antioquía se enteró de que Manuel ya había perdonado al príncipe local. La noticia fue decepcionante y le obligó posiblemente a cambiar de táctica. Si el emperador no deseaba trastocar las jerarquías señoriales entonces tendría que laborar para restablecerlas en un frente unido contra el infiel, aunque él y sus súbditos quedasen en relación de vasallaje respecto a los odiados griegos. Por tal motivo negoció con los delegados imperiales un perdón para Thoros, que seguía escabulléndose de sus perseguidores en los desfiladeros próximos a la zona de Dajig. Pero no fue sino a través de una entrevista con el emperador en persona que el joven monarca logró la absolución del rroupénida.

Puesto en aviso por un mensajero, Thoros acudió a la tienda imperial, ya cerca de Antioquía, donde se sometió al mismo procedimiento con que se había humillado previamente a Reinaldo. Su sometimiento determinó la apropiación bizantina de Cilicia y la momentánea claudicación de los reclamos armenios de independencia. Nunca desde los tiempos de Manzikert el Imperio de Oriente había sido tan poderoso como ahora, e inclusive parecía que hasta el propio Nur ed-Din acabaría desbordado por la marejada griega.

Parte V: La última visita de un emperador a Cilicia y Siria.

La campaña de 1158-59: Antioquia.

Al frente del ejército imperial, Manuel se presentó ante las murallas de Antioquía el 12 de abril de 1159. Tenía el firme propósito de realizar una entrada solemne a la ciudad, una especie de desfile triunfal con el que el basileo pensaba hacer patente su supremacía sobre sus nuevos vasallos de Oriente, Thoros II y Reinaldo de Chatillon. Ni siquiera los rumores intencionalmente esparcidos por los cortesanos del príncipe lograron disuadirle de su propósito. Así, pues, calzándose una cota de malla para prevenir cualquier atentado se decidió a seguir adelante con sus planes.

La marcha de la guardia varega en la vanguardia, desplegada en bizarra formación, dejó boquiabiertos a los habitantes que se habían dado cita para contemplar tan inusual espectáculo. Detrás de aquella, y flanqueado por los principales dignatarios del Principado, que avanzaban a pié, venía Manuel montado en un impecable destbrero y vestido regiamente para la ocasión. Llevaba su cota de malla cubierta por una túnica de seda color púrpura y sobre su cabeza, la corona de diademas brillaba como una aureola celestial reflejando los rayos del sol. Reinaldo de Chatillon, conduciendo su humanidad en medio del polvo que levantaban los varegos, sujetaba las bridas del corcel del basileo. Detrás del emperador y con la cabeza descubierta, se destacaba Balduino de Jerusalén, su sobrino consorte. A diferencia de Reinaldo, el rey de Jerusalén había logrado mantener intacto su prestigio, ya que se le había permitido montar su caballería. Sin embargo cabalgaba desarmado, al igual que la flor y nata de su séquito. Por último y cerrando la marcha, un regimiento de pronoiarios y nobles griegos avanzaba con los rostros sonrientes, saboreando la humillación de los altaneros latinos. Detrás, en el campamento que se había levantado extramuros, los oficiales bizantinos de menor rango aguardaban la finalización de la procesión. Con ellos habían quedado algunos rehenes francos para garantizar la seguridad del emperador.

La caravana se desplazó sin contratiempos a lo largo de la avenida principal de la ciudad, hasta la catedral de San Pedro, donde era aguardada por el recientemente repuesto patriarca Aimery. Desde allí y conducida a través de un lecho cubierto de alfombras y flores, siguió viaje hasta el palacio que alojaría al emperador. Hacia el sur, entre la puerta de Hierro y la Torre de las Hermanas, la ciudadela había sido engalanada con los pendones imperiales, según el pacto firmado de antemano a las afueras de Mamistra.

La estadía de Manuel en Antioquía se prolongó una semana y estuvo signada por la impronta de torneos y fiestas que se sucedieron uno tras otro sin solución de continuidad. Acorde con la mentalidad del habitante cristiano de esas latitudes, cismático o papista, permanentemente sometido a la amenaza del Islam, la presencia del emperador trajo una sensación de seguridad y euforia que pronto degeneró en ansiedad. Todo el mundo estaba pendiente del futuro de la campaña y muchos creían que el siguiente objetivo del basileo era quebrantar el poderío de Nur ed-Din. Para su sorpresa e indignación, se decepcionarían muy pronto.

Una cuestión de imagen.

Aunque la irrupción del emperador bizantino en Siria no tomó por sorpresa a Nur ed-Din, sí sobrevino cuando el atabek de Alepo padecía los efectos de la recaída de una

enfermedad que había contraído a finales de 1157, mientras combatía a los francos cerca de Banyas. Incapaz de reincorporarse para afrontar la invasión griega, no tuvo más remedio que acudir a su hermano, Qutb ed-Din, atabek de Mosul, y a los emires vasallos de Mesopotamia, con tal de organizar la defensa de sus territorios. Un importante número de voluntarios acudió rápidamente a su llamado y, con la llegada de los ejércitos de refuerzo, la hueste quedó concentrada en un campamento al este de Alepo. Acantonados allí, los capitanes y emires vasallos recibieron la noticia de que Nur ed-Din se había repuesto de sus afecciones y marchaba presto a asumir el control de las operaciones.

Manuel, entretanto, había puesto fin a los días de jolgorio y diversión que habían seguido a su entrada triunfal en Antioquía. A finales de abril de 1159 decidió que era el momento oportuno para probar la fidelidad recientemente obtenida de sus poco fiables vasallos armenios y francos. Así, pues, asistido por regimientos provistos por Thoros y Reinaldo abandonó la capital del principado y se puso en marcha hacia el Este, en dirección a Alepo.

En este punto quizá convenga detenernos a analizar cuáles eran sus posibilidades frente a las fuerzas de Nur ed-Din y cuáles las ventajas y desventajas de someter a Alepo y entregar su gobierno a algún noble franco de probada lealtad. Cualitativamente, el ejército imperial que el basileo había reunido para la campaña de 1158-1159 era por lejos muy superior al que su padre había comandado veinte años antes en esas mismas latitudes. Tras quince años de reinado, un aceitado manejo de relaciones señoriales y serviles había conducido al desarrollo extensivo de la *stratitikhè pronoia* por toda la superficie del suelo griego. Con Manuel, la institución de la pronoia había entrado de lleno en la tercera fase de su desarrollo. El emperador, actuando en su calidad de “estado-fisco”, había resignado ingresos fiscales generados por los mismos contribuyentes a favor de pronoarios que, a cambio del derecho no material perteneciente al estado, debían responder a las levas con servicio militar como contraprestación. Las ventajas del beneficiario de una *pronoia* referida a un derecho no material eran evidentes: un ingreso fiscal devenía en una renta más o menos fija en comparación con un ingreso económico, que fluctuaba de acuerdo a las contingencias del momento. Para la administración imperial, entretanto, el beneficio consistía en el costo de mano de obra que el erario se ahorrraba al prescindir de la enorme dotación de recaudadores de impuestos que había existido durante el auge de los stratiotas. En este caso era el mismo pronoario el encargado de velar por que sus rentas fiscales realmente fueran a parar a sus bóvedas. En resumen, bajo el reinado de Manuel, todo el mundo deseaba convertirse en pronoario.

En segundo término, los bizantinos eran adictos a los manuales de táctica y estrategia. Para ellos la guerra no era un juego; todo lo contrario, desde los días de las invasiones bárbaras había sido, junto con la diplomacia, el medio por excelencia para asegurar la supervivencia del Imperio. Habitados a manejar recursos escasos y debilitados a causa de la pérdida de sus fuentes habituales de reclutamiento (Anatolia), los griegos se habían visto obligados a apelar a su ingenio para superar dichos obstáculos. En el siglo XII sus esfuerzos en este sentido habían dado sus frutos: en Constantinopla existían numerosos hospitales para tratar a los soldados heridos y hasta se habían llegado a crear cuerpos especializados de enfermeros para asistir a los caídos en el campo de batalla. Sin duda alguna éstas eran medidas correctivas que se complementaban perfectamente con disposiciones preventivas tendientes a evitar un

alto número de bajas: adiestramiento militar, equipamiento adecuado, disciplina y planificación. Muy poco quedaba librado al azar, aunque en ocasiones el alto mando militar pecaba de exceso de confianza.

En segundo término, para estudiar las ventajas y desventajas del sometimiento de Alepo habría que plantearse de antemano qué era lo que más convenía al Imperio: si conquistar la ciudad, someterla a tributo o acordar un tratado de asistencia recíproca con su atabek. La primera alternativa habría significado un golpe de efecto enorme en el Cercano Oriente, encumbrando hasta las nubes el prestigio de Manuel y posicionando al estado griego como la potencia dominante por antonomasia frente a los rivales armenios, francos y musulmanes del vecindario. Con Alepo en su poder, el basileo podría haber optado entre un gobierno acólito a cargo de un bizantino o uno títere en las manos de algún noble latino leal. Sin embargo todavía estaba fresco el recuerdo de aquella amarga experiencia que, a cambio de dinero, había permitido a los imperiales enseñorearse temporalmente de los restos del condado de Edesa: Turbessel, Ravendel, Samosata, Aintab, Duluk y Birejik. La desafortunada aventura había servido para demostrar que el mantenimiento de la soberanía tan lejos de los centros neurálgicos del Imperio era insostenible a largo plazo, además de estéril en cuanto a beneficios geopolíticos. ¿Para qué insistir pues con una propuesta similar, invirtiendo valiosos recursos humanos y financieros que eran tan necesarios en otros frentes de conflicto? Una posición tan extrema tampoco habría servido para controlar a los díscolos armenios y latinos al agregar nuevos adversarios a la lista de enemigos directos. Humillando a los zengíes únicamente se habría conseguido detenerlos por breve tiempo; a poco, los atabeks habrían regresado con refuerzos procedentes del califato, la Alta Mesopotamia y Armenia y su contención hubiera resultado mucho más difícil sino imposible. Por otra parte, la existencia de un estado musulmán fuerte al este de Antioquia servía de excelente contrapeso respecto a la constelación de pequeños emiratos y principados que flanqueaban las fronteras del Imperio. La amenaza de Nur ed-Din implicaba asimismo que los latinos de Oriente se verían obligados a recurrir siempre al emperador en procura de seguridad e integridad territorial frente a sus vecinos musulmanes.

Por supuesto que Manuel estaba al tanto de los pormenores que suponía la anexión de Alepo. Además de un general valeroso y osado era un excelente estadista que tenía una visión muy clara y una percepción de clarividente de los asuntos orientales y su complicada red de alianzas y lealtades. Ya había tenido que lidiar sobremanera con los latinos y sus triquiñuelas en tiempos de la II Cruzada y nadie mejor que él sabía que los líderes francos se movían atendiendo a patrones de oportunismo, conveniencia y descarada complicidad. Pero la presencia de un Nur ed-Din fuerte también resultaba beneficiosa para mantener a raya a los selyúcidas de Iconio, con quienes los zengíes sostenían frecuentes reyertas por la posesión de los viejos territorios del armenio Kogh Vasil. Si de algo estaba podía estar seguro Manuel era que la destrucción de la autoridad de Nur ed-Din beneficiaría muy poco al Imperio: alteraría el equilibrio del poder en el Cercano Oriente y cerraría la puerta de atrás del sultanato de Iconio, aquella misma que, diplomacia mediante, permitía intervenir a los bizantinos desde el Este sin necesidad de levantar ejércitos para hacerlo. Por último, cabía la posibilidad de que el enorme ejército imperial fuese derrotado por las fuerzas del atabek, lo que dejaría al basileo a merced de sus más inveterados adversarios y en condiciones desesperadas.

Por tanto, pese a la insistencia de sus vasallos latinos, Manuel aceptó recibir la embajada enviada por Nur ed-Din. Las negociaciones comenzaron hacia finales de

mayo de 1159 y al término de las mismas las partes llegaron a un acuerdo que satisfizo a ambas por igual. En virtud de las cláusulas del tratado y a cambio de la salvaguarda de sus territorios, los zengíes se comprometieron a asistir al emperador en sus campañas contra los selyúcidas y a liberar a todos los prisioneros cristianos hasta un número de seis mil, incluyendo a Beltrán de Tolosa y al maestre del temple, Bertrand de Blancfort. A principios de junio todo estaba dicho. La cruzada franco-griega había concluido sin siquiera intercambiar golpes con el bando musulmán. A los príncipes y nobles latinos, que con tanta expectativa habían acudido al llamado del emperador, no les quedó más que volver grupas y retornar decepcionados a sus hogares. Tal como lo anunciara oportunamente Gerardo, el obispo de Laodicea, el emperador se había preocupado más por su prestigio que otra por cosa.

Los días postreros a la campaña de 1158-1159.

Al término de la gran expedición de 1159, subsistía entre los aliados y cortesanos del basileo la duda de saber si Manuel había alcanzado los objetivos que se había propuesto al salir de Constantinopla. Frente a los inquisitivos ojos de sus críticos parecía claro que las erogaciones asumidas por el emperador para poner en pie a un ejército tan numeroso no guardaban relación con los escasos resultados alcanzados: una calurosa planicie con unos cuantos picos y desfiladeros en el “estómago” de Asia Menor, la dudosa promesa del príncipe de Antioquía de rendir pleitesía al soberano griego y una tregua con Nur ed-Din, el enemigo acérrimo de los aliados latinos de Siria y Tierra Santa.

No hace falta sin embargo recurrir a un análisis detallado para concluir que los imperiales se habían visto privados de aparatosas victorias o jugosas conquistas. Pero el hecho de que no pudieran saborear una sola no habría que achacárselo tanto a la acción de factores externos sino a las propias directrices trazadas por el basileo durante la planificación de la campaña. Si por los cronistas occidentales o francos fuera no habría otra manera de calificar a la gran expedición de 1159 que como un rotundo fracaso. Nur ed-Din era en ese entonces el mayor enemigo del mundo latino oriental y para 1160 su poder seguía incólume y peligrosamente amenazante. No obstante, en lo que concernía al Imperio, el atabek de Alepo era apenas un vecino más en una dilatada frontera que se internaba como una cuña en territorio musulmán. Pero a diferencia de los danisméndidas de Anatolia o de los emires de Erzincan, Erzurum o Divrig, Nur ed-Din constituía un valioso instrumento en manos de la diplomacia bizantina. La campaña de 1159, además de servir para doblegar a Thoros II de Cilicia, había atemorizado a los zengíes metiéndoles en la mente la idea de la ilimitada supremacía del Imperio. Siendo la autoridad dominante y creciente del Próximo Oriente, Nur ed-Din tenía mucha más utilidad como aliado de Constantinopla que como un enemigo vencido y humillado. Su incómoda presencia en el flanco septentrional de los estados francos de Ultramar hacía miserable la existencia de los señores latinos desde Antioquía hasta Jerusalén, al mismo tiempo que servía como un excelente instrumento para atenuar los territorios de los selyúcidas de Rum. ¿Para qué eliminarle entonces?

Así, pues, los beneficios de la campaña de 1158-1159 se pueden resumir en los siguientes:

- Sometimiento de Thoros II.
- Control de la planicie ciliciana.

- Humillación y ulterior servidumbre de Reinaldo de Chatillon.
- Reducción a vasallaje de Antioquía.
- Alianza con los zengíes desde una posición de fuerza.
- Encumbramiento del prestigio imperial frente a Alepo, Jerusalén y Antioquía.
- Establecimiento de un cerco sobre los dominios de los turcos rumi.
- Castigo para los saqueadores y algareros de Chipre (en este sentido el mensaje era claro: no se podía laborar impunemente contra el Imperio y sus bienes sin el consecuente castigo).

Las ventajas de la política oriental de Manuel.

Al finalizar el año 1159 se hizo patente que la principal amenaza para el Imperio Romano de Oriente no provenía de los dominios zengíes de Alepo ni de los territorios normandos de Italia sino del sultanato de Rum con sede en Iconio. Allí, el nuevo sultán, Kilij Arslán II, que había sucedido a su padre Masud en 1156, se había consagrado a la tarea de restaurar la dominación selyúcida sobre el corazón de Anatolia. La muerte de Masud le había dejado dueño de una extensión de tierra que iba desde Raban, Kaisun y Behesni al Este, hasta Ankara y Laodicea al Oeste. No obstante, uno de sus hermanos, llamado Shahinsha, había logrado apoderarse de Ankara gracias al apoyo de Dhul Nun, el emir danisméndida de Cesarea Mazacha, y no daba señales de acatar su autoridad.

Sin dejarse distraer por la amenaza que representaba tener un rival dinástico directo en uno de sus flancos, Kilij Arslán II aprovechó la continua llegada de inmigrantes turcomanos para encauzarlos hacia las fronteras bizantinas. En este sentido, el valle del Meandro y el limes ciliciano cuyo control tanto había desvelado a los soberanos Comneno, fueron presa fácil de los desafortunados rebaños que acompañaban la migración. La política griega de acercamiento con Nur ed-Din en parte se explica por la necesidad del emperador de poner punto final a su campaña en Siria para poder lidiar con este nuevo frente que amenazaba con desestabilizar todos los logros alcanzados allende el Kalicadnos. Entre 1156 y 1159 los turcomanos traspusieron a voluntad la línea defensiva bizantina, al punto que tras la finalización de la campaña de 1159, Manuel fue sorprendido y hostigado durante su regreso a Constantinopla.

De vuelta en su capital, el basileo se tomó el tiempo necesario para preparar su siguiente empresa, una expedición punitiva que tendría como fin último quebrantar el poderío creciente de los turcos selyúcidas y recuperar parte de las tierras perdidas en Capadocia. El plan consistía en abordar los dominios del sultanato de Rum desde distintas latitudes, sincronizando el movimiento de los aliados, de manera de inducir numerosos frentes para obligar a Kilij Arslán a dividir sus fuerzas. La cancillería bizantina demostró entonces lo mejor de sí al movilizar a acólitos y vasallos por igual: armenios, francos, zengíes y danisméndidas se plegaron a las directrices trazadas contra el enemigo común. Desde el Este Nur ed-Din avanzó por la Alta Mesopotamia, poniendo cerco y tomando Kaisun, Raban y Marash, mientras que el emir Yacub ibn Ghazi invadía la comarca de Albistan. En Cilicia, entretanto, el general bizantino Juan Contostéfano reunía las levas proporcionadas por Thoros II y Reinaldo de Chatillon y, junto con complementos de caballería ligera (pechenegos) provistos por las guarniciones de Tarso, Adana y Mamistra, barría la zona comprendida entre Tyana y Heraclea. Por su parte, Manuel, a la cabeza de un ejército integrado por pronoiarios

griegos, mercenarios francos y vasallos servios, se adentraba en el valle del Meandro para interceptar las partidas de algareros que pillaban el campo.

Desesperado, Kilij Arslán no tuvo más remedio que fragmentar su ejército, tal como lo había anticipado la diplomacia bizantina. Una importante fuerza salió con presteza hacia el Este, a fin de cerrar el paso a las tropas de Juan Contostéfano, mientras el sultán en persona permanecía en Iconio para proteger la capital de un eventual ataque del basileo. Identificadas las prioridades, a Yacub Arslán y a Nur ed-Din se les dejó con las manos libres para actuar casi impunemente en la región que otrora perteneciera al armenio Kogh Vasil. Había que defender el núcleo central del territorio selyúcida y la principal amenaza provenía de Cilicia y Frigia. No obstante, la aplastante victoria obtenida por Juan Contostéfano sobre las fuerzas enviadas contra él para detenerle terminó desanimando al sultán turco. Cristóforo, el canciller cristiano de Kilij Arslán, fue rápidamente enviado en busca de Manuel para pedir condiciones.

El conflicto acabó en 1161, cuando las embajadas acordaron un cese de hostilidades con ventajas ostensibles para el basileo. Los delegados de Kilij Arslán consintieron entre otras cosas en:

- Devolver las ciudades recientemente arrebatadas al Imperio.
- Asistir al emperador con ayuda militar cada vez que éste lo considerase necesario.
- Respetar las fronteras griegas.
- Suspender las algaradas e incursiones de saqueo.
- Mantener bajo control a los indóciles turcomanos impidiendo que franquearan el limes bizantino.

Parte VI: Constantino Coloman, duque de Cilicia.

El legado de la campaña de 1158-59: Constantino Coloman.

Mientras Manuel y sus aliados combatían en Anatolia contra Kilij Arslán II, Andrónico Eufobeno, el gobernador imperial de Cilicia, tuvo que vérselas con una revuelta encabezada por el príncipe roupénida Esteban, hermano de Thoros II. La partida de Manuel rumbo a Constantinopla había alentado a algunos barones indóciles del Antitauro a bajar a la planicie para saquear el territorio a voluntad. No está claro si los revoltosos pretendían liberarse de la autoridad imperial o simplemente les guiaba un deseo de venganza hacia los griegos en sus algaradas, pero de lo que no quedan dudas es que Andrónico se tomó en serio el asunto cuando la comarca en torno a Marash fue pillada por el noble armenio. Sin hombres suficientes para conjurar el peligro en el campo de batalla, el gobernador griego decidió jugárselo todo en una celada. Invitó a Esteban a acudir a su palacio en Tarso para homenajearle y en pleno banquete ordenó a su guardia que arrestase a los comensales, quienes a continuación fueron asesinados de manera truculenta (acorde con las fuentes armenias).

El asesinato de Esteban llenó de ira a Thoros. El noble armenio, que había permanecido relativamente tranquilo en las montañas luego de haber obtenido el perdón del propio Manuel (por el saqueo de Chipre), reunió a sus secuaces y se aventuró contra Anazarbo, Vakha y Mamistra, cuyas guarniciones fueron reducidas sin inconvenientes. Pero una ruptura entre los aliados cristianos podía arrojar Antioquía y Trípoli en las

manos de Nur ed-Din, por lo que Amalarico, el sucesor de Balduino en el trono de Jerusalén, se trasladó rápidamente hacia el Norte para oficiar como mediador.

Manuel, entretanto, alarmado por la caída de la gran fortaleza de Vakha, había resuelto el reemplazo inmediato del inepto Andrónico Eufobeno. Estaba ansioso por contener lo que creía se trataba de una guerra de liberación y obviamente no veía con buenos ojos que un oportunista destruyera los recientes logros de su campaña en Oriente. Imposibilitado de acudir el mismo en persona debido a una invasión cumana en Bulgaria, comisionó a uno de sus mejores soldados, Constantino Coloman, para apagar el incendio. La aparición del nuevo gobernador en Cilicia al frente de una numerosa fuerza, sumada a la mediación emprendida por el rey de Jerusalén, devolvió la calma a la provincia. Thoros depuso las armas y se retiró a su guarida en las montañas, probablemente al castillo de Dajikikar. Entretanto, las principales ciudades y fortalezas cilicianas regresaban a manos de los griegos.

Aunque Cilicia había sido pacificada, Constantino Coloman pronto se vio envuelto en las disputas dinásticas que aquejaban al principado de Antioquía. En 1160 Reinaldo de Chatillon había caído prisionero, emboscado mediante, en manos de Mjad ed-Din, hermanastro de Nur ed-Din. La falta de un sucesor mayor de edad fue aprovechada entonces por la princesa Constanza para hacerse con el poder, más la oportuna intervención del rey de Jerusalén salvó la jornada para el partido antibizantino. Bohemundo III, de quince años, y el patriarca Aimery fueron confirmados por su majestad como príncipe legítimo y regente respectivamente. No conforme con las disposiciones del monarca, Constanza acudió al emperador, que había sido ignorado olímpicamente en el asunto de la elección del sucesor. Como señor de la ciudad, a Manuel le correspondía el susodicho derecho, por lo que una embajada encabezada por Alejo Brieno Comneno (hijo de Ana Comneno y por tanto, primo hermano suyo) y por el prefecto de Constantinopla, Juan Camarero, desembarcó en San Simeón para dilucidar la cuestión. Los delegados imperiales, contrariando los deseos del rey latino, restituyeron a Constanza en el gobierno, aunque le arrancaron la condición de que cedería su lugar a Bohemundo III ni bien éste alcanzara la mayoría de edad.

En 1162 Bohemundo cumplió dieciocho años. Según lo que se había pactado oportunamente, Constanza debía cederle el principado, pero la ambiciosa dama se negó a hacerlo apoyándose en la supuesta complacencia del basileo. Como Bohemundo contaba con el favor de Amalarico y Thoros, ella acudió a Constantino Coloman para revalidar sus derechos. Sin embargo fueron los mismo antioqueños los que, hastiados de las intromisiones griegas, le bajaron el pulgar. A despecho del gobernador imperial, Constanza fue depuesta y, ante el regocijo del populacho, reemplazada por el joven Bohemundo. El oportuno reconocimiento de los derechos de Manuel sobre el principado salvó la jornada para el nuevo régimen y obligó a Constantino Coloman a permanecer expectante en sus cuarteles de Tarso.

Constantino Coloman acude en defensa de Raimundo de Trípoli.

Hacia 1159 la existencia de los estados francos engendrados por la I Cruzada en Ultramar estaba garantizada por dos hechos cuya influencia se hacía notar en la salud y en la integridad territorial de aquéllos. Por un lado el Imperio Bizantino, con todo su potencial bélico restaurado a pleno por los soberanos de la dinastía Comneno, constituía

la primera línea defensiva frente a los emires y capitanes de Nur ed-Din. Mientras las tropas de Manuel circularan por las inmediaciones, éste es, campo traviesa de Cilicia y Siria, ningún potentado musulmán se arriesgaría en una campaña seria contra las fronteras cristianas. Las dos expediciones dirigidas por Juan II y la más reciente, encabezada por Manuel I, no dejaban margen para la incertidumbre: Cilicia, Siria y Palestina eran consideradas verdaderos protectorados por los basileos. Y si bien es cierto que aún los musulmanes podían arrebatarse a los cristianos alguna importante ciudad, como ya lo habían hecho con Edesa, Turbessel o Birejik, parecía claro que, por el momento, Antioquía, Trípoli y la propia Jerusalén no corrían peligro.

En segundo lugar, había otro factor que resultaba clave y se complementaba perfectamente con el anterior, para asegurar el bienestar de los estados latinos: la desunión reinante en el Islam. Al norte de los territorios de Nur ed-Din, el sultanato de Rum y los emiratos danisméndidas de Cesarea, Malatya y Sebastea se disputaban el corazón de Anatolia y los valles del Halys. Tales enfrentamientos sustraían importantes recursos materiales y humanos, debilitando sobremanera a dichos estados frente a otra potencia que, desde la Alta Mesopotamia y Siria, se mantenía a la expectativa para sacar partido del conflicto: el estado de los zengíes. Pero inclusive la entidad fundada por Zengi tenía sus propios problemas domésticos, con emires siempre dispuestos a independizarse y parientes que Nur ed-Din no podía controlar. Para colmo de males, al Este, el califa de Bagdad revestía una autoridad espiritual que el sucesor de Zengi no podía desconocer. Y en el Sur, el califato rival de los fatimíes controlaba Egipto y sus inagotables recursos, evitando que el Islam se cerrase como una mano sobre los estados trinitarios por las desavenencias de sus líderes. Tanto Manuel como los gobernantes cristianos de Siria y Palestina sabían que sus mejores posibilidades pasaban por la desunión de los musulmanes. Y habían aprendido a la perfección a aprovecharse de ella.

En 1160, no obstante, la situación pareció dar un vuelco debido a la inestabilidad política imperante en El Cairo. El Califato Fatimita se debatía en una dolorosa agonía, con califas niños que eran verdaderos juguetes en las manos de sus visires. La muerte del hijo y sucesor de al-Zafir, al-Fa`iz, de solo cinco años de edad, determinó que el visir armenio Ibn Ruzzik colocara en su lugar a al-Adid, cuatro años mayor que su antecesor. Al-Adid, que era primo de al-Fa`iz, fue inmediatamente obligado a casarse con la hermana de Ibn Ruzzik, más que todo para reforzar la posición del ambicioso visir frente a los parientes del califa. Lejos de dejarse amedrentar, la familia real contraatacó mandando a asesinar a éste último, que sin embargo tuvo tiempo para proclamar como nuevo visir a su hijo, al-Adil. Luego, al-Adil fue a su vez derrocado por el gobernante de Egipto superior, Sawar, quien a su vez fue depuesto por su mano derecha, Dirgam. A fin de eludir la suerte de sus predecesores, Dirgam impuso un régimen de terror que promovió el asesinato de todos aquéllos sobre cuyas espaldas pesaba la posibilidad de la sospecha y el conato revanchista.

Tal grado de debilidad no pasó desapercibido para la corte de Jerusalén. La amenaza de una invasión cristiana al delta del Nilo fue evitada por Dirgam mediante la promesa de pago de un elevado tributo. Con todo, las evasivas del visir árabe terminaron con la paciencia del monarca cristiano. Balduino III (que sería sucedido por Amalarico en 1162) invadió el país y puso sitio a Pelusium, en el Norte. Entretanto, Nur ed-Din, que observaba atentamente los movimientos de su archirival de Jerusalén, aprovechó la salida del ejército real para atacar al condado de Trípoli. El objetivo no había sido escogido al azar. Todo lo contrario; Trípoli era el eslabón que jalónaba el

Norte con el Sur cristiano. Su caída en manos del atabek podía facilitar el aislamiento terrestre de los dominios trinitarios en Palestina, con lo que la perspectiva de un efectivo asalto a la Ciudad Santa tomaba cada vez más fuerza.

Para tener éxito Nur ed-Din debía asegurarse de que Balduino III no pudiese volver a tiempo de Egipto para auxiliar a sus vecinos. Además, tenía que confiar en que los griegos a cargo del general Coloman se mantuvieran ajenos al pleito en sus posiciones cilicianas. No contó, sin embargo, con que el conde Raimundo llamaría en su ayuda a los antioqueños y a al mismo Coloman. Las fuerzas conjuntas de Antioquía, Trípoli y Cilicia, auxiliadas por contingentes recién llegados de Europa, marcharon entonces hacia el valle del Buqaia para obligar a Nur ed-Din a levantar el asedio al castillo del Krak. En la batalla que tuvo lugar a continuación se destacaron especialmente los regimientos armenios y griegos dirigidos por Constantino Coloman. Nur ed-Din fue derrotado y debió retirarse en completo desorden hacia Homs. La alianza con los griegos y el interesado entendimiento entre los principales potentados cristianos de Ultramar volvían a demostrar su valor.

La derrota de Artah: el prestigio de Bizancio vuelve a salvar a Ultramar.

No estaba dicha, pese a todo, la última palabra en lo concerniente al régimen imperante en Egipto. Dirgam se sostenía en el poder a duras penas, y para peor, su depuesto antecesor, Sawar, había marchado a Siria para suplicarle a Nur ed-Din que le restituyera en el gobierno. Viendo el atabek de Alepo la gran oportunidad que se le presentaba para extender su órbita de influencias hacia el país del Nilo, comisionó a su leal general Shirkuh con la intención de desplegar a su ejército hacia el delta del río. Junto a Shirkuh partió su joven sobrino, Salad ed-Din Yusuf, Saladino, que tiempo después se convertiría en una verdadera pesadilla para los estados latinos de Siria y Palestina.

Informado de los movimientos de Sawar y sintiéndose en inferioridad de condiciones frente a la fuerza invasora, Dirgam acudió al rey de Jerusalén en busca de ayuda. En 1164 reinaba Amalarico que, como su predecesor, sabía perfectamente la importancia que tenía Egipto para Nur ed-Din. Sin pérdida de tiempo contestó favorablemente al llamamiento de Dirgam, pero sus caballeros se demoraron en la península de Sinaí y no lograron impedir la destitución del visir árabe. Dirgam fue ejecutado y Sawar investido en su lugar por un Shirkuh que se salía de la vaina, rebosante de alegría.

Nunca debió haberse sentido tan intimidado Amalarico como en ese momento. El califato fatimita parecía al borde de la desintegración y, para redondear la desgracia, las fuerzas de Nur ed-Din se hallaban ahora a ambos lados de su reino, atenazándolo peligrosamente. El alma le volvió al cuerpo cuando súbitamente apareció en su palacio una embajada procedente de El Cairo. La enviaba Sawar que, revitalizado por el ejercicio del poder, había resuelto prescindir de los servicios de sus benefactores sirios. Encantado, Amalarico se sentó a escuchar la propuesta de los delegados egipcios. A cambio de ayuda militar, los fatimíes le ofrecían un jugoso tributo además de costearle los gastos de la campaña.

La salida del ejército real hacia Bilbeis, adónde se había refugiado Shirkuh, fue una vez más aprovechada por Nur ed-Din para emprenderla contra sus vecinos cristianos en el norte de Siria. A diferencia de la campaña anterior el atabek prefirió en esta ocasión probar suerte un poco más cerca, en los territorios de Antioquía. La lejanía de Amalarico le daría el tiempo suficiente para intentar el asalto de la gran fortaleza de Harenc. Aunque el desafío era formidable, el premio ameritaba la intentona. Harenc era la llave del Orontes inferior y si los francos la perdían, Antioquía quedaría definitivamente confinada entre el río y el litoral mediterráneo.

Siendo ahora el principado de Antioquía el objetivo declarado de Nur ed-Din, Bohemundo decidió imitar el accionar que Raimundo de Trípoli había tenido dos años antes. Por tal motivo mandó emisarios hacia todos los puntos cardinales para atraer a sus vecinos inmediatos a su causa. Desde Cilicia acudieron entonces Thoros II y su hermano Mleh al frente de un contingente armenio, acompañados por las tropas griegas al mando del duque imperial Constantino Coloman. Raimundo de Trípoli emitió acuse de recibo y apareció en Antioquía con un regimiento de caballería y algunos peones de infantería. Hugo, conde de Lusignan, a la sazón peregrino ocasional, se acopló también con su guardia personal. Amalarico, entretanto, empantanado en Bilbeis, no tuvo más remedio que llegar a un acuerdo con Shirkuh. Salvaría la posición de Sawar si bien tenía claro que ni siquiera desplazándose a marchas forzadas podría alcanzar a las fuerzas aliadas antes de que se estableciera contacto con las huestes de los zengíes.

Puesto al tanto de los planes de su adversario, Nur ed-Din también decidió reforzarse con regimientos proporcionados por sus vasallos. Así, pues, su campamento pronto se pobló de emires, capitanes, gobernadores y lugartenientes: Kara Arslán acudió desde Hsin Haifa y Amida (Diarkebir); el hermano de Nur ed-Din, Qutb ed-Din, llegó procedente de Mosul; Najm ed-Din Alpi hizo lo propio desde Mardin, lo mismo que los emires ortóquidas de Kir y Diert. Sin que los ejércitos cristianos aparecieran en el horizonte, las tropas musulmanas pusieron sitio a Harenc probablemente hacia finales de julio de 1164.

Reinaldo de Saint-Valery, el castellano de la fortaleza, era un avezado soldado que, pese a estar en inferioridad numérica, se las arregló para arruinar el impulso de los musulmanes. Sabía que la ayuda estaba cerca y que los musulmanes se desalentarían bien rápido si quedaban cercados entre las murallas de Harenc y las fuerzas de socorro. Y no se equivocó. La irrupción de la vanguardia cristiana, liderada por los altos dignatarios del vecindario hizo dudar a Nur ed-Din. Sentía un profundo respeto a la vez que temor por Constantino Coloman, puesto que su presencia en el ejército de socorro le recordaba que detrás de la figura del duque estaba la amenazadora estampa del emperador. Como había anticipado Reinaldo de Saint-Valery, el atabek de Alepo resolvió prudentemente levantar el cerco y retirarse.

Todo habría salido bien si la inercia del avance cristiano se hubiese detenido en los muros de la fortaleza. No obstante, el desastre se presentó bajo el signo de la inexperiencia y la temeridad de la juventud. Bohemundo de Antioquía, que no se daba por satisfecho con haber salvado a su feudatario, picó espuelas junto al medio millar de jinetes que le seguían y corrió tras la estela de polvo que dejaban las caballerías de los musulmanes. Tras él partieron Raimundo, Thoros, Mleh y Constantino Coloman, pese a la oposición de Reinaldo quien, habiendo lidiado ya con Nur ed-Din, estaba al tanto de la ventaja numérica del enemigo.

La batalla que siguió tuvo lugar el 10 de agosto de 1164, en las proximidades de Artah, al norte de Harenc. Durante el fragor de la lucha los jinetes musulmanes, fingiendo huir, atrajeron a Bohemundo hacia una emboscada. El ejército cristiano en pleno cayó en la celada y aquéllos que no fueron masacrados por los venablos y las cimitarras, desfilaron cargados de cadenas rumbo a las prisiones de Alepo. El balance resultó catastrófico para los latinos y sus aliados; tan solo Mleh consiguió escapar, mientras que Bohemundo, Raimundo, Hugo de Lusignan, Thoros y Constantino Coloman fueron reducidos y apresados. Ni el propio Zengi en sus mejores días había obtenido un triunfo tan categórico frente a tantos potentados cristianos.

Con Trípoli, Cilicia y Antioquía huérfanas de condes, duques y príncipes, los lugartenientes de Nur ed-Din apremiaron a su señor a avanzar contra ésta última. Pero el Atabek de Alepo dudó en tomar la iniciativa. Pensaba que, desde el Norte, los griegos podían ingeniárselas para resguardar su ciudadela y, por tanto, resistir el tiempo suficiente como para permitir a Manuel aparecer con el ejército imperial. El temor atascó su impulso. Una vez más el prestigio del basileo salvaba a los estados latinos de Siria.

Los últimos ecos del dominio bizantino en Cilicia.

La derrota de Artah y la ulterior captura del duque de Cilicia, Constantino Coloman, señalaron el umbral de la cuesta abajo que sobrevendría para la influencia griega en Ultramar. Manuel I Comneno había empleado ingentes recursos humanos y financieros para sostener la autoridad imperial en Cilicia y el norte de Siria, además de una política de alianzas dinásticas merced a la cual había contraído segundas nupcias con María de Antioquía (1161), hija de Raimundo y de Constanza. Las ventajas de la campaña de 1158-59 y de la participación de Coloman en la liberación del Krak des Chevaliers, sin embargo, se perdieron en la práctica tras la gran victoria de Nur ed-Din en 1164. Y no solo eso; la captura del duque imperial acabó obligando a Manuel a recurrir a otro funcionario, Alejo Axuch, para hacerse cargo de Cilicia, mientras se negociaba la liberación de los prisioneros.

El rey de Jerusalén, entretanto, había regresado prestamente de Egipto y a marchas forzadas, pretendía llegar a Antioquía para impedir a Nur ed-Din sacar provecho de su reciente triunfo. Al rebasar Trípoli recibió el refuerzo de Thierry de Flandes, a quien investió en el cargo de regente del condado mientras durase la cautividad el conde. Luego, habiendo ingresado en los territorios de Antioquía, entabló negociaciones con Nur ed-Din, quien solo aceptó liberar a Thoros y a Bohemundo por tratarse de vasallos de Manuel, cosa que hizo a cambio de un sustancioso rescate. Ya había dejado ir a Constantino Coloman de modo que, tras la partida de aquéllos, solamente permanecieron en prisión, Raimundo, el conde de Trípoli, y un preso mucho más antiguo por el que nadie sentía afecto: Reinaldo de Chatillon.

Así, pues, mientras Nur ed-Din y Amalarico proseguían sus disputas territoriales, ahora confinadas en la zona de Galilea, Thoros se desplazó rápidamente hacia su baronía en el Norte. Allí aprovechó el relajamiento de la autoridad imperial causada por la súbita irrupción de Constantino Coloman, para reunir a sus levas y realizar una razia en la zona de Marash, de donde volvería con cerca de medio millar de turcos cautivos.

Al surgir una serie de altercados en el seno familiar, generados mayormente por la indocilidad y la ambición de Mleh, Thoros tomó las armas contra su hermano y le expulsó de Cilicia. Luego, envalentonado por su creciente poder, decidió disputarle a Oshin de Lamprón su principado, cosa que desagradó sobremanera al catolicós (Patriarca Supremo armenio), Gregorio III, quien estaba emparentado con los hethoumianos. La mediación llevada adelante por Nersés, hermano del catolicós, asumió aristas inesperadas cuando la delegación armenia se entrevistó en Mamistra con Alejo Axuch. Allí, los preladados armenios y el funcionario griego se pusieron de acuerdo para establecer los pasos tendientes a lograr la unión de ambas iglesias, cuestión que al cabo no llegaría a producirse.

En 1166 el conflicto entre Thoros y Mleh, por un lado, y hethoumianos y roupénidas, por el otro, alarmó seriamente al emperador Manuel. Su autoridad en el Cercano Oriente se sustentaba en los castillos y ciudades de Cilicia, que usaba como base de operaciones para ejercer su influencia más al Sur y mantener bajo control al príncipe de Antioquía. Ahora, con el orden del ducado subvertido por las querellas entre los armenios, el basileo decidió que había llegado la hora de reemplazar a Alejo Axuch. La elección recayó en un primo hermano suyo, Andrónico Comneno, que también era un viejo conocido de Thoros II.

No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron las razones que llevaron a Manuel a tomar tal medida. Andrónico Comneno ya había estado a cargo de las guarniciones cilicianas en 1152, demostrando entonces su incapacidad para contender con Thoros II. Pese a que el tiempo le había perfeccionado como soldado hábil y temerario, sus aptitudes como estratega y planificador dejaban mucho que desear. Además era inconstante y muy poco obsecuente. Es muy probable que su presencia en Cilicia hacia 1166 revistiese más la condición de un exilio decoroso que otra cosa. Y en esta ocasión como catorce años antes, Andrónico volvió a desilusionar al basileo.

Al principio su actitud hacia los armenios, desconfiada y recelosa, estuvo guiada por su deseo de tomarse venganza de Thoros II. Inclusive llegó a enfrentarse personalmente al noble armenio, a quien hirió en el campo de batalla. Pero su intemperancia le llevó a confiarse y, con el paso del tiempo, su fracaso se hizo patente. Resistiéndose aún a la idea de regresar con las manos vacías, intentó una alianza con Kilij Arslán II, aunque Thoros volvió a derrotarle nuevamente. Por fin, frustrado y desalentado a causa de sus repetidos reveses, abandonó Cilicia por los placeres más mundanos de la corte antioqueña. En adelante, sus galanteos y juegos amorosos tornarían su carrera romántica por el Oriente franco en un verdadero dolor de cabezas para Manuel. Su puesto volvería a ser ocupado por Constantino Coloman.

Mleh desplaza a los herederos de Thoros II.

Una vez más investido duque de Cilicia, Constantino Coloman tuvo que poner manos a la obra para pacificar el territorio. No le resultaría nada fácil. En 1168 había muerto Thoros II dejando un hijo, Roupen II, como sucesor. La minoridad de Roupen había determinado que sus acólitos eligieran a un noble franco, Tomás, para ocupar la regencia. Tomas era sobrino de Thoros y se preocupó realmente por proteger los derechos de Roupén. Al mismo tiempo manifestó al duque imperial sus deseos de mantener la paz con el imperio. Tal vez por que sospechaba del partido de Mleh o quizá

debido al temor que infundía la creciente amenaza de los zengíes, Tomás se mantuvo fiel a su política de acercamiento al Imperio. No obstante, en 1170 la situación en Cilicia cambió radicalmente.

Resuelto a reclamar la herencia y viendo que Roupén no era Thoros, Mleh empezó a preparar su regreso a Cilicia. Desde que su hermano le expulsara del país, había vivido bajo la protección de Nur ed-Din, convirtiéndose al Islam a poco de establecer su residencia en Alepo. Tal vez por ese motivo no le resultó difícil obtener tropas del atabek, con las que invadió Cilicia a principios de 1170. Ni los nobles que respondían a las órdenes de Tomás, ni las guarniciones griegas de las grandes ciudades de la región resultaron un obstáculo serio para el avance de Mleh. Al cabo, Tomás debió huir hacia Antioquía, mientras que Roupén sucumbió poco tiempo después ante los esbirros despachados especialmente por su tío para asesinarle. La osadía de Mleh llegó al punto de desafiar la propia autoridad de los francos de Oriente, cuando súbitamente se apoderó de una caravana encabezada por Esteban de Champagne, conde de Sancerre, a quien despojó de todas sus pertenencias.

Hacia mediados de 1172, escudándose en una supuesta afrenta sufrida por su sobrina a manos de Hethoum de Lamprón, Mleh volvió a la carga para reclamar sus derechos ante la nobleza armenia. Con la ayuda de Nur ed-Din sitió infructuosamente la sede de los hethoumianos, tras lo cual volvió grupas hacia el Este y atacó los castillos templarios situados en las faldas de los montes amánicos. Para ese momento los nobles de Cilicia habían acordado reconocerle como nuevo señor con tal de evitar verse envueltos en nuevos derramamientos de sangre. Pero Mleh, inspirado por sus recientes éxitos, estaba intratable. En diciembre de aquél año puso sitio a Adana, Mamistra y Tarso, expulsando a sus guarniciones griegas y tomando prisionero a Constantino Coloman, a quien envió cargado de cadenas rumbo a Alepo, acompañado de un nutrido grupo de prominentes cautivos. Con ellos viajó también la mayor parte del botín pillado, que iría a parar a las arcas de Nur ed-Din como parte de pago de las tropas arrendadas.

Tan solo la oportuna intervención del rey de Jerusalén impidió a Mleh llevar adelante su ambición. Las tropas reales consiguieron desalojar a los acólitos del renegado y restablecer a Constantino Coloman y a las guarniciones griegas en sus puestos, aunque por muy breve tiempo. Un ataque de distracción lanzado por Nur ed-Din contra Kerak señaló el final de la incursión de Amalarico en Cilicia y el regreso triunfal de Mleh a su terruño.

Mleh, soberano de Cilicia.

El respaldo de Nur ed-Din resultó decisivo para la consolidación de Mleh en Cilicia. Una vez que Amalarico se hubo retirado de la planicie para acudir al rescate de Kerak, el equilibrio del poder comenzó a inclinarse a favor del indómito príncipe armenio. Aún cuando estaba claro que no llegarían tropas de socorro procedentes de Constantinopla, las dispersas guarniciones griegas hicieron cuanto estuvo a su alcance para mantener el control de las grandes ciudades de la campiña. Sus esfuerzos, no obstante, resultaron estériles. Hacia el Este Nur ed-Din atravesaba su mejor momento, estableciendo guarniciones en la propia Mosul, mientras que en el Sur asestaba el golpe de gracia al califato fatimita de Egipto, reemplazando al régimen reinante por su mano derecha, Saladino. Mleh, aprovechándose del apogeo de su protector, podía contar con

refuerzos permanentes de Alepo. Moviéndose sobre la cresta de la ola musulmana terminó doblegando la oposición de los bizantinos. Por fin, a finales de 1172, Manuel no tuvo más remedio que reconocerle como barón independiente de Cilicia.

Así las cosas, hacia 1173, la situación había cambiado ostensiblemente tanto en Cilicia como en Tierra Santa respecto al statu quo que resultara de la campaña griega de 1158-59. Por el lado de los francos, el rey de Jerusalén no había logrado impedir la vulneración de todas las fronteras de los estados cristianos de Ultramar. Desde los castillos templarios emplazados en las laderas de los montes amánicos en el Norte, hasta las aldeas y fortalezas de Galilea y Transjordania, en el Sur, el poderío de los cristianos había experimentado la vulneración de todas sus fronteras sin excepción. Lo que es más, la carta de defunción dictada por el sutil cambio de dinastía que había tenido lugar en Egipto había colocado a los esbirros del atabek de Alepo a espaldas del reino. La unidad del mundo musulmán en el Cercano Oriente parecía garantizada con Saladino haciendo las veces de visir de Nur ed-Din en el palacio califal de El Cairo. Con un panorama tan poco prometedor por delante se hizo evidente lo valioso que había sido para los francos el prestigio del emperador.

Tal vez para reflotar la antigua alianza o quizá con la firme intención de congraciarse con el emperador, Amalarico volvió a intentar por su propia cuenta restablecer la dominación griega al norte de las puertas sirias. Ya había fracasado una tentativa acometida por una coalición de nobles francos liderada por el príncipe Bohemundo de Antioquía en persona. En esta ocasión, el rey de Jerusalén se tomó la precaución de evitar los peligrosos desfiladeros y montañas para no arriesgarse a una emboscada frente a los armenios. En cambio, irrumpió de lleno en la planicie, destruyendo las aldeas y quemando las cosechas. Mleh le evitó huyendo de un pico a otro, hasta que una nueva intervención de Nur ed-Din en Transjordania puso término a la aventura ciliciana de Amalarico. Su repentina partida fue celebrada por el noble armenio, devenido para la ocasión en señor supremo de la baronía roupénida de Cilicia.

Parte VII (final): El reino Armenio de Cilicia o Pequeña Armenia.

La muerte de Nur ed-Din y el final de Mleh.

Pero no todo era lo bueno que parecía ser en la baronía regida por la dinastía roupénida. Con su apostasía Mleh se había granjeado acérrimos enemigos entre un pueblo que no le había hecho asco en el pasado a martirios, éxodos y persecuciones con tal de conservar su fe. Tener a un líder cuya autoridad dependía de los caprichos e intereses de Nur ed-Din no mejoraba la situación para la población armenia, la que en definitiva advertía tan solo un cambio en el régimen dominante en virtud del cual los odiados musulmanes habían reemplazado a los no menos populares cismáticos. Es cierto, habían existido roces entre las diferentes confesiones cristianas que esporádicamente acabaron en enfrentamientos armados. E inclusive hubieron renombrados armenios que hicieron las veces de visires en la corte de los califas fatimitas de Egipto. Pero de allí a luchar como tropas auxiliares bajo las órdenes del atabek de Alepo era una cuestión que para numerosos nobles sonó a flagrante humillación.

En efecto, Nur ed-Din había resuelto que el mejor uso que podía dar a su títere armenio era empleándolo en la lucha contra el gran rival del vecindario, el sultán turco de Iconio. Hacía tiempo que el hijo de Zengi había advertido cómo Kilij Arslán II venía consolidando su poderío a expensas de los danisméndidas y de los propios bizantinos. Su política expansionista no le disgustaba excepto cuando la ambición del sultán ponía en entredicho sus propios intereses en la Alta Mesopotamia y el Jezireh. Entonces arreciaban las ofensivas y las contraofensivas con las que cada bando pretendía asegurarse el control de las grandes ciudades y fortalezas ubicadas entre el Antitauro y el Eufrates: Raban, Kaisun, Samosata, Marash, Behesni, Rum-Qalat, Albistan, Arka y la propia Melitene.

En 1171 la situación general en los Balcanes y Anatolia volvió a sonreír a los musulmanes de Iconio. Al Este, el proceso de atomización que atravesaban los danisméndidas parecía no tener fin, mientras que del otro lado el emperador de Bizancio se había embarcado en una onerosa campaña para someter a los servios de Rascia y Zeta. Aprovechando la distracción de los bizantinos, Kilij Arslán avanzó primero contra su hermano, Shahinshah, a quien expulsó de su residencia en Ankara. Luego, torciendo en dirección al Halys, se internó en territorio danisméndida expulsando a las guarniciones de Cesarea Mazacha, Amasea, Gangra, Mersivan, Albistan y Niksar. Su ulterior intento de capturar Melitene, la capital de Fakhr al-Din, fracasó cuando el emir recibió ayuda de los ortóquidas de Hsin Kaifa. Imparable, Kilij Arslán retomó las armas al año siguiente, aunque en esta oportunidad prefirió remontar el Halys para poner sitio a la capital del otro príncipe danisméndida, Dhul Nun.

Ante los reiterados llamados de auxilio lanzados por el emir de Sivas, Nur ed-Din dejó Damasco en la primavera de 1173. La posibilidad de que el sultán desafiase su supremacía como paladín del Islam le tenía sin cuidado; le preocupaba en cambio que sus recientes conquistas al otro lado del Eufrates, es decir, aquellas tierras que una vez pertenecieran al armenio Kogh Vasil, fueran anexionadas por los selyúcidas. Y es que el atabek de Alepo pensaba con razón que esa zona de la Alta Mesopotamia era la llave de entrada hacia Siria septentrional. Con tantos príncipes indóciles y emires semi-independientes rodeándolo (los ortóquidas Kara Arslán y su hijo Nur ed-Din de Hsin Kaifa y Amida, Najm ed-Din Alpi de Mardin, y sus parientes, Sayf ed-Din Ghazi II de Mosul, Imad ed Din Zengi II de Sinjar, además del ayubí Saladino de Egipto, Soqman II de Armenia y el converso barón de Cilicia, Mleh) lo último que necesitaba era un potentado lo suficientemente poderoso como para disputarle la obediencia de sus vasallos.

En Agosto, Nur ed-Din reunió a sus levadas y cruzó el Eufrates. Había puesto sus ojos en las recientes conquistas de Kilij Arslán II al este del Antitauro, de manera que dirigió a sus fuerzas hacia esa zona. A medida que el ejército sirio trepaba hacia las fuentes del Pyramus, el atabek no dejaba de recibir refuerzos de las fortalezas y los poblados por donde pasaba. Ya había conquistado Behesni y Marash cuando se le unieron Mleh y las tropas aportadas por el emir danisméndida de Melitene, Afridun (1172-1175). Con esta asistencia emprendió la última etapa del viaje, el trayecto hasta Qalat ar-Rum, adonde pensaba enfrentar a su oponente. Al norte de Birejik, sin embargo, fue interceptado por una embajada del sultán despachada especialmente para negociar los términos de una paz.

Aunque no nos han llegado las cláusulas del tratado parece ser que Kilij Arslán, en un tácito reconocimiento a la supremacía del atabek de Alepo, aceptó retirarse de Sivas para alivio de Dhul Nun, y devolver Ankara a Shahinshah. Por su parte, Nur ed-Din deslizó en el papel una cláusula adicional para salvaguardar la letra: enviaría a su visir de Mosul, Abd-al-Masih, para hacerse cargo de la guarnición de Sivas. Estaba claro que, aún desconfiando de la palabra del sultán, le consideraba un mal necesario para mantener el equilibrio de fuerzas frente a la endeble coalición integrada por bizantinos y francos. En este punto se entiende también su obstinación para mantener a Mleh al frente de la baronía armenia de Cilicia. Desde las alturas de Sis, el príncipe roupénida era su ojo avizor de los movimientos cristianos entre la planicie ciliciana y la ciudad de Antioquía.

No obstante, Nur ed Din falleció súbitamente en la primavera de 1174, mientras preparaba en Damasco una expedición punitiva contra Egipto. Su desaparición fue la ruina para los zengíes al mismo tiempo que una bendición para Saladino. El tiempo, que comprimiría lentamente la autoridad de los sucesores de Nur ed-Din a expensas del primer soberano ayubí, no tendría empero piedad con el armenio apóstata. Hastiados por los desmanes de su régimen, los nobles de Cilicia se levantaron en armas y asesinaron a Mleh en su capital de Sis (1175), invistiendo en su lugar a Roupén II (o III si consideramos al hijo de Thoros II en la línea sucesoria de éste último).

La última recta hasta Miriocéfalo.

Ni la muerte de Nur ed-Din ni la de su títere armenio, Mleh, mejoraron sin embargo la situación para los bizantinos en el Cercano Oriente. Todo lo contrario, abstraídos por sus trifulcas con las potencias marítimas de Italia (Venecia en particular) y entregados de lleno a una campaña de conquista en las tierras de Rascia, los imperiales hacía largo tiempo que no coordinaban una operación seria para recuperar su influencia allende las puertas cilicianas. Desde la fatídica batalla de Artah (10 de agosto de 1164) habían desfilado varios duques imperiales (Constantino Coloman, Alejo Axuch, Andrónico Comneno, Constantino Coloman nuevamente) sin que los mismos consiguieran restablecer la influencia de Constantinopla más allá de los arrabales de las grandes ciudades de la planicie: Tarso, Adana, Mamistra y Anazarbo. Y si bien los bizantinos aún mantenían bajo la forma de un tenue protectorado su ascendiente sobre el principado de Antioquía y el reino de Jerusalén, estaba claro que deberían esforzarse al límite para no perder definitivamente sus avanzadillas en Cilicia.

La súbita desaparición del atabek de Alepo fue seguramente evaluada con detenimiento por Manuel. Sin el ascendiente de Nur ed-Din, su hijo y sucesor, al Salih-Ismail, de tan solo once años de edad, no constituía ninguna garantía frente a la astucia de sus rivales inmediatos: Kilij Arslán II de Iconio, Gümüshtekin de Alepo y Saladino de El Cairo. A decir verdad, no pasaría mucho tiempo para que la preponderancia de los zengíes fuera puesta en entredicho por el intratable trío de oportunistas.

Lejos del delta del Nilo, a Manuel poco le interesaba lo que Saladino pudiera hacer con los territorios de Damasco, Hama y Homs y más al norte también, en Alepo; en cambio, no pensaba lo mismo respecto al sultán selyúcida, cuyos planes expansionistas no se acoplaban en absoluto con los proyectos grandilocuentes del tercer soberano Comneno. Tanto más por cuanto el basileo estaba enterado de las amistosas

embajadas que intercambiaban los de Iconio con uno de los adversarios más implacables que el Imperio tenía en Occidente: Federico I Barbarroja, rey de Alemania y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1155-1190).

La última vez que los bizantinos habían coordinado un ataque a gran escala contra los turcos rumi había sido en 1160, cuando las fuerzas combinadas de Manuel, Juan Contostéfano, Thoros II, Reinaldo de Chatillon y los danisméndidas, avanzando desde todas las direcciones, obligaron al sultán a avenirse a una paz humillante. Al año siguiente, la visita de Kilij Arslán II a Constantinopla sirvió para reafirmar las cláusulas del tratado firmado, aunque el soberano turco acabó descubriendo una gran debilidad en la munificencia del emperador. Tal cual parecía, a mayor presión sobre las fronteras asiáticas del Imperio, mejores eran los regalos que se podían obtener de los bizantinos como contraprestación al mantenimiento de la inestable tregua. Muchos de los enemigos políticos de Manuel le criticarían despiadadamente a causa de esta práctica.

El primer indicio importante de una eventual ruptura entre Constantinopla e Iconio tuvo lugar tras la batalla de Artah, cuando la captura de Constantino Coloman dejó vacante el ducado de Cilicia. El nuevo gobernador imperial, Alejo Axuch, al decir de Juan Cinnamus (Cinnamus, ed. Meineke, pp. 260-269), no tardó en entablar relaciones amistosas con el sultán llegando inclusive a planificar un complot contra el emperador (acusación que Choniates rechaza de plano) durante una de sus visitas al palacio de Kilij Arslán II, en Iconio. Advertido de la maniobra por Alejo Kasiano, un comandante militar de probada lealtad, el basileo mandó a llamar a Axuch cuyo procesamiento fue encomendado a Juan Ducas, comandante militar de Dalmacia, al logotete Miguel, al eunuco Tomás y al sebastos Nicéforo Kaspax. Corría entonces el año 1167 y el Imperio se encontraba en guerra contra Hungría, de manera que no les fue posible a los griegos tomar represalias contra el sultán.

Las desavenencias continuaron en los siguientes años, llegando en 1174 a provocar una ruptura casi total en las relaciones entre ambos potentados. En ese año el emperador había negociado con Kilij Arslán un acuerdo para hacerse con el dominio de algunas ciudades del Ponto, otrora propiedad de los danisméndidas, a lo que el sultán se había avenido sin oposición presionado como estaba desde el Este por la arremetida de Nur ed-Din, Mleh y Afridun. No obstante, bajo su aparente docilidad el potentado turco guardaba otros planes para la misión. Tres años antes se había quedado con casi todas las hijuelas del emir de Sivas, ubicadas entre Cesarea Mazacha y Mersivan y ahora no tenía la menor intención de compartir sus conquistas con los griegos. El sultán debió seguramente entrar en pánico cuando Alejo Petraloifas con un contingente de seis mil hombres arribó a su campamento para obligarle a cumplir la letra del papel. El delegado imperial, como de costumbre, traía consigo la cuota habitual de regalos y numerario con que los bizantinos solían comprar la aquiescencia de los turcos rumi antes de iniciar una campaña. Juntos, los ejércitos se desplazaron hacia el Ponto para terminar de reducir las últimas fortalezas de Dhul-Nun. En este punto fue cuando Kilij Arslán II reveló sus planes al consternado funcionario bizantino. Lejos de aceptar un cambio de autoridad a favor de Manuel, el sultán se negó rotundamente a entregar a Petraloifas las recientes adquisiciones.

Se puede decir que las maquinaciones y argucias ejecutadas con tanta osadía por el soberano selyúcida durante la expedición de 1174 cambiaron de manera radical los sentimientos que se profesaban mutuamente las cortes de Iconio y Constantinopla. Más

que nunca Manuel I Comneno fue conciente del daño que su indulgente política había causado al equilibrio del poder en Asia Menor. Y para colmo de males, la muerte de Nur ed-Din, acaecida casi en simultáneo, le vino a privar de un inestimable recurso al que había apelado con regularidad: actuar a espaldas del sultán utilizando al atabek de Alepo como poder de policía en la Alta Mesopotamia. Supo entonces que había llegado el momento de la guerra.

El ejército bizantino hacia 1176.

Arañando hombres de aquí y allá, Manuel empezó a concentrar una fuerza considerable en el campamento asiático ubicado en las proximidades de la aldea fortificada de Lopadio, en Bitinia. Desde el año 1130, Lopadio era uno de los principales centros de adiestramiento militar de dónde habían surgido, especialmente a instancias de Manuel, algunas innovadoras tácticas de combate para neutralizar la gran movilidad de la caballería ligera turca. El ejército bizantino, a la sazón conformado por dos tercios de soldados nativos completaba el tercio restante mediante mercenarios occidentales y regimientos de infantería y caballería provistos por los estados vasallos y/o tributarios: Antioquía, Servia y Hungría. Había además escuadrones integrados por hombres procedentes de los pueblos vencidos de las estepas del Norte: pechenegos, uzos y cumanos, todos ellos eximios jinetes, sin contar los peones de infantería armenia que solían proveer los aliados hethoumianos de Lamprón y Babarón.

La fuerza nativa hundía sus raíces en las pronoias diseminadas a lo largo y a lo ancho de los nuevos ducados que se habían levantado a partir de los arruinados y extintos themas. Los emperadores Comnenos, sin embargo, no se habían desentendido del antiguo régimen de soldados campesinos. Por el contrario, aprovechando la mano de obra provista por las naciones derrotadas, servios, pechenegos y húngaros, habían favorecido el asentamiento de inmigrantes de esas nacionalidades en diferentes zonas del Imperio: Sérδικa, Bitinia y Nicomedia, elevándoles al rango de estratíotas. Pero como dice Georg Ostrogorsky tal inmigración no alcanzaba para satisfacer las acrecentadas necesidades militares de la época (*“Historia del Estado Bizantino”*, pág. 387); los bienes militares y los campesinos libres siguieron existiendo, pero en relación a la época precedente (dinastía Macedónica), su número y su importancia pasaron desapercibidos, dejando de constituir para siempre la fuerza militar del Imperio (*“Para una Historia del Feudalismo Bizantino”*, pág. 184).

La *stratíotikè pronoia* alcanzó un punto culminante bajo Manuel I y en parte vino a suplir la ausencia de los estratíotas. Al decir de Nicetas Choniates (pág. 273) *“cada individuo deseaba ser enrolado entre los soldados”*, noción que completa Georg Ostrogorsky aseverando que *“los sastres, los mozos de cuadra, los albañiles, los herreros abandonaban sus duros e improductivos oficios para dirigirse a los reclutadores, a los que incluso ofrecían presentes para ser admitidos en el ejército”*. En definitiva la pronoia se popularizó difundiéndose tanto, que inclusive se llegó a favorecer a occidentales, quienes súbitamente acogieron a campesinos griegos como parecos (para horror del bizantino medio).

Admirador de la elite caballeresca occidental, Manuel I se preocupó también por desarrollar un nuevo tipo de jinete, más acorazado y mejor adiestrado. Bajo su reinado, las unidades de caballería e infantería se concentraban en los campos de entrenamiento,

ya sea en Asia (a orillas del Rindaco, cerca de Lopadio) o en Europa (Pelagonia, Kypsella y Sofía), provenientes de regiones tan distantes como Seleucia, Paflagonia, Trebizonda, Tracesios, Durazzo y Naissus. Allí se sometían sin más a largas jornadas de instrucción castrense que transcurrían en la campiña, entre peles de paja y combates cuerpo a cuerpo. En el lugar se daban cita también las tropas complementarias de mercenarios, compuestas por caballeros occidentales, buscavidas, segundones y peregrinos en su mayoría. Valiéndose de las escuadras venecianas, pisanas o genovesas o cruzando los Balcanes en pequeños pero compactos grupos, llegaban procedentes de los más diversos territorios: Francia septentrional, Languedoc, Italia, Alemania, Inglaterra.

Por último, los soberanos Comnenos se habían distinguido por participar siempre de las grandes expediciones militares de su tiempo, comandando el ejército imperial en persona. Durante su juventud el abuelo de Manuel, Alejo, había sido un hábil general ayudando al inepto Nicéforo III Botaniates a retener la corona frente a otros aspirantes al trono, como Brienio, Meliseno o Basilacio (1078). E inclusive después, siendo ya emperador, había perseverado frente a la guardia varega hasta vencer a los normandos de Roberto Guiscardo y Bohemundo en la zona de Epiro y Tesalia. Juan II Comneno, por su parte, había batallado incansablemente, yendo y viniendo de un extremo a otro del Imperio para combatir a húngaros, pechenegos y danisméndidas. Como ya se ha mencionado anteriormente tampoco tuvo reparos en conducir a sus tropas a través de Seleucia y Cilicia, para llevarlas a Antioquía, Alepo (que finalmente no atacó) y Shaizar, durante la campaña de 1137-38. Por último, Manuel ya se había ganado los laureles durante su juventud luchando contra los danisméndidas en Niksar, bajo las órdenes de su padre. También había tomado parte de la expedición de 1143, en Siria, aquella misma durante la cual Juan II había encontrado accidentalmente la muerte tras una batida de caza.

Si no era el propio emperador quien tomaba las riendas de los asuntos castrenses, siempre había un experimentado general que ocupaba su puesto. Para el caso que nos ocupa había muchos candidatos dispuestos a ocupar la plaza vacante que ocasionalmente podía dejar Manuel: Andrónico Vatatses, Juan Axuch, el turco converso Bursuk, Demetrio Branas, Constantino Coloman, los hermanos Juan y Andrónico Contostéfano, Miguel Gabras, Juan Cantacuceno (esposo de María Comneno) y el propio Andrónico Comneno, futuro basileo (1183-1185). Para comandar un ejército tan heterogéneo y numeroso como el de mediados del siglo XII hacía falta un personaje con muchísima personalidad y a Manuel le sobraba ésta. No obstante, el enemigo que tenía ahora en frente no le iba en zaga en cuanto a habilidad, destreza y liderazgo. Kilij Arslán II era un digno adversario y muy pronto lo demostraría en el campo de batalla.

Miriocéfalo: el repliegue bizantino.

Sin duda que la muerte de Nur ed-Din, como ya se ha señalado con anterioridad, cambió la balanza del poder en Siria, Palestina y Asia Menor. De improviso Kilij Arslán II se encontró con las manos libres para actuar a todo lo largo de sus fronteras orientales, desde el ducado de Trebizonda, al Norte, hasta la Alta Mesopotamia, al Sur, donde no hacía mucho había tenido que ceder Marash y Behesni a los zengíes. Ahora, sin la figura intimidante del atabek de Alepo, el sultán de Iconio se aprestó a recoger la

fruta madura que el azar, a través de la desaparición de aquél, le arrojaba mansamente a sus pies.

No todo, sin embargo, fue producto de la casualidad en la rutilante y ascendente carrera del potentado rumí. A decir verdad, hacía largo tiempo que los selyúcidas venían trabajando tanto en la consolidación de su estado en el corazón de Anatolia como en su expansión a costa de sus adversarios musulmanes. El ocaso de los danisméndidas, que había comenzado al morir el gran emir Malik Ghazi Gümüshtekin (1104-1134), en cierta manera había allanado el camino a sus primos meridionales para pretender el liderazgo de los territorios ubicados al este del río Sangario y más allá de las fuentes del Meandro. El advenimiento de Kilij Arslán II, a su vez, halló a un estado danisméndida dividido entre los sucesores de Nasir al-Din Mohamed (1134-1142), lo que facilitó aún más las cosas al hijo de Masud. No obstante, no fue sino la pasividad de los propios bizantinos lo que dejó el camino expedito para los turcos selyúcidas. Si antes Juan II se había preocupado por mantener a raya a los musulmanes de Asia Menor dirigiendo una campaña anual contra sus territorios, ahora Manuel parecía haberse contentado apelando a una extraña mezcla de diplomacia y jugosos presentes de dudosos resultados. El infructuoso asedio de Iconio hacia 1147, malogrado por la llegada de la II Cruzada, y la campaña de 1160 fueron los intentos más serios realizados por el basileo para doblegar la resistencia de los turcos rumi. Y dos campañas en casi treinta años de reinado parecían ser un número demasiado exiguo para llevar adelante una empresa de tamaña envergadura. Los acontecimientos que sobrevendrían a poco de la muerte de Nur ed-Din confirmarían tal sospecha.

Rehusándose siempre a confrontar a Manuel en el campo de batalla, Kilij Arslán II aprovechó la indolencia de los griegos para mejorar la cohesión del estado que había heredado. Promovió el comercio y a través de la arquitectura supo dotar al sultanato de una identidad que se había negado a prender bajo sus antecesores. Aparecieron las primeras escuelas de teología y ciencia siguiendo quizá el modelo imperante en Mosul y Alepo. El desarrollo social y económico de Iconio, promovido por la política dadivosa de Manuel y favorecido por las caravanas que surcaban las arterias del sultanato, no tardaría en revelar sus frutos; a poco Iconio disputaba la Alta Mesopotamia a los zengíes y las capitales mismas de los estados danisméndidas.

A finales de 1174, la retirada de Abd-al-Masih de Sivas obligó a Dhul-Nun a desterrarse en Constantinopla. El soberano danisméndida encontró en la capital bizantina a Shahinshah, el hermano de Kilij Arslán, que como él había sido obligado a abandonar su residencia. Poco después, en 1175, el sultán de Iconio se volvió hacia el Eufrates y expulsó a Afridun de su palacio en Melitene, con lo que la autoridad de los danisméndidas se extinguió tras casi cien años de tortuosa existencia. Como un carozo incrustado en la débil epidermis bizantina, los selyúcidas a poco se habían hecho del control de las grandes ciudades del interior de Anatolia: Cesarea, Sivas, Niksar, Melitene y Ankara.

Tras la desoladora experiencia vivida con Alejo Petraloifas, Manuel sabía muy bien que era muy poco lo que se podía conseguir de Kilij Arslán a través de la diplomacia. Hizo no obstante un último intento pacífico por arreglar la situación con su rival, enviando a Paflagonia al sebastos Miguel Gabras para recuperar la ciudad de Amasea. A la fuerza del duque de Sirmium debían unirse contingentes provistos por las guarniciones de Trebizonda y Oinea, con cuyo apoyo Miguel esperaba que la ciudad

ubicada a orillas del río Iris defeccionase al bando imperial. Pero la proximidad del ejército de Kilij Arslán impidió la anexión, obligando al sebastos a alejarse hacia la costa del Mar Negro.

Hastiado ya de la intransigencia e inflexibilidad de su otrora dócil vasallo, Manuel se decidió por fin a ir a la guerra. Pasó todo el año 1175 organizando las defensas y reparando las fortalezas en el valle del Tembris y en la sección del Sangario que se internaba derecho hacia Ankara y, al decir de Juan Cinnamus, levantó un castillo en Dorileo para vigilar los movimientos de su rival. También erigió un fuerte en Subleo a fin de proteger los accesos del valle del Meandro, que era por dónde usualmente ingresaban las bandas de turcomanos algareros. Luego, habiendo establecido su campamento a orilla del Rindaco, se sentó a esperar la llegada de los refuerzos prometidos por sus vasallos de Hungría, Servia y Antioquía.

En agosto de 1176 el ejército imperial descendió al ducado de Tracesios mientras una fuerza dirigida por Andrónico Vatatses tomaba el camino de Paflagonia para devolver a Dhul-Nun sus dominios en la zona del Lycus. La resolución del basileo por abatir a Kilij Arslán se hizo patente cuando el sultán pretendió detener el avance griego mediante la promesa de restituir las ciudades recientemente conquistadas a sus legítimos dueños. Los embajadores turcos, encabezados por un tal Gabras, fueron apenas escuchados por Manuel, que les devolvió sin más a la capital selyúcida. Desechada la diplomacia, no se debió aguardar mucho para resolver el pleito. Turcos y bizantinos se enfrentaron cerca de Filomelio, en un estrecho paso no muy lejos del extremo septentrional del lago Egridir. Aprovechando las ventajas del agreste terreno, los musulmanes emboscaron al ejército de Manuel infligiéndole severas pérdidas y provocando la destrucción de los vagones que contenían la vitualla, el agua y las máquinas de asedio. La derrota de Miriocéfalo (17 de septiembre de 1176) señaló el punto culminante del avance de Manuel durante la campaña y el momento a partir del cual la autoridad bizantina sobre Asia Menor comenzó a decaer en beneficio de los selyúcidas.

El significado de Miriocéfalo para los armenios de Cilicia.

La significación de la derrota de Miriocéfalo no pasó desapercibida para los cristianos de Oriente en sus más diversas confesiones. El primero en percatarse de su verdadero alcance fue el propio emperador, evadido por los pelos del campo de batalla. Manuel acertó al comparar las consecuencias de su revés con las de aquél sufrido por Romano IV Diógenes (1067-1071) en Mantzikert, casi un siglo antes. Entonces como ahora, los bizantinos cayeron en la cuenta de que todo el potencial bélico del Imperio había quedado hecho añicos para gloria del Islam. Georg Ostrogorsky nos dice al respecto en su *“Historia del Estado Bizantino”* que *“el fracaso fue tanto más doloroso por cuanto coincidía con los reveses sufridos por la política imperial en Occidente”*. Franz Georg Maier, por su parte, señala en *“Bizancio”* que la *“derrota hizo ver que el potencial militar del Imperio no era suficiente para alcanzar los objetivos del emperador Manuel, ni siquiera de lejos”*, rematando su idea con una concluyente apreciación: *“el destino de Bizancio como potencia mundial quedó decidido en el campo de batalla”*. Otro destacado historiador, sir Steven Runciman, no se aleja demasiado del razonamiento de sus colegas; en el segundo volumen de su trilogía *“Historia de las Cruzadas”* sostiene que *“la gran maquinaria bélica que su padre*

(Juan II) y su abuelo (Alejo I) habían construido fue súbitamente destrozada”, añadiendo además que “costaría años volver a reconstruirla y de hecho no lo fue nunca”.

En realidad, la primera secuela que dejó entrever el desastre de 1176 fue la aceptación por parte de Manuel de las nuevas y dolorosas limitaciones que Miriocéfalo suponía para su política oriental. A partir de entonces y hasta el final de su reinado, el basileo debería reconocer como un mal irremediable la pérdida de autoridad al otro lado del Kalicadnos. Antioquía y Jerusalén se dieron cuenta rápidamente de este detalle y no tardaron en regocijarse por la extraña manera en que habían recuperado la libertad gracias a sus inveterados rivales de la Media Luna. La reciente muerte de Nur ed-Din sin ninguna duda les había hecho perder la perspectiva y el tiempo demostraría cuan equivocados estaban al celebrar la debacle griega.

Los armenios, entretanto, se hallaban de parabienes. No hacía mucho que se habían desembarazado del odiado príncipe apóstata Mleh (1175) y ahora descubrían con júbilo que también podrían hacerlo de los bizantinos, relegados por la derrota a un papel meramente defensivo. Y por cierto no se equivocaban. Gobernados por Roupen II (1175-1187), el hijo mayor de Esteban, empezaron a consolidar la baronía en los contrafuertes del Antitauro, desde donde no tardaron a extender su influencia hacia la esquiva llanura meridional, sobre la que todavía existían remezones de soberanía bizantina. La ulterior muerte de Manuel, acaecida el 24 de septiembre de 1180, les abrió por fin el cerrojo que representaban las grandes fortalezas de Anazarbo, Mamistra, Adana y Tarso. El colapso de la autoridad imperial se hizo patente con la minoridad del sucesor de Manuel, Alejo II, y alcanzó su punto álgido cuando Andrónico Comneno, el antiguo duque imperial de Cilicia, se proclamó co-emperador en Constantinopla. En el desorden, Roupen se apresuró a hostigar a los odiados griegos cuyo gobernador, Isaac Comneno, aún se le oponía con cierto éxito desde su guarida en Tarso.

Las promesas de refuerzos incumplidas por Constantinopla arrojaron a Isaac Comneno a los brazos del príncipe de Antioquía, Bohemundo III, quien sin embargo acabó traicionando al gobernador imperial aprovechándose de la momentánea debilidad de su anfitrión. Metió a sus tropas en Tarso para hacer las veces de guarnición y tras el primer contacto con Roupen negoció con los armenios la venta de la ciudad. La caída de Tarso en 1182 señaló el final de la dominación bizantina en Cilicia, aunque no devolvió la paz a la provincia, como veremos a continuación.

El turno de Roupen II (1175-1187).

Exaltado en 1175 tras la deposición de Mleh, Roupen II recién irrumpe con fuerza en el horizonte político de Cilicia y Siria tras 1180. Entonces conduce a sus acólitos en una lucha sin tregua contra las últimas gobernaciones bizantinas que aún subsisten en las grandes ciudades emplazadas sobre la llanura ciliciana. Pero no es sino gracias a la traición, ejecutada sin escrúpulos ni cuestionamientos por Bohemundo III, que consigue quedarse con Tarso y su gobernador, Isaac Comneno. A partir de 1182 la figura de Roupen II (hemos de recordar aquí que otros autores le identifican como Roupen III) se proyecta amenazante sobre los territorios de sus vecinos inmediatos: los armenios hethoumianos, súbditos de Bizancio, los francos de Antioquía, vasallos nominalmente de la corona griega, y los turcos de Anatolia, quienes solían usualmente traspasar las

fronteras septentrionales para rapiñar en territorio roupénida. En 1181 la boda del noble roupénida con Isabel, la hija de Hunfredo de Toron y Estefanía de Transjordania, dio la sensación de que los armenios deseaban estrechar filas con los latinos de Oriente. Roupen, que venía de asistir al príncipe de Antioquía en el fallido intento cristiano por recuperar la fortaleza de Harenc (Harim), pareció reforzar dicha impresión cuando su hermano, León, atacó y conquistó los territorios hethoumianos ubicados al norte de Tarso.

La desaparición del principado de Lamprón, consecuencia inevitable de la decadencia que venía sufriendo el prestigio del Imperio en la región, despertó sin embargo el temor de Bohemundo III. Antes de sucumbir a la arremetida de sus parientes, Oshin había lanzado un desesperado llamamiento a la corte de Antioquía, conciente de que no llegaría ninguna ayuda procedente de Constantinopla. La respuesta de Bohemundo no se hizo esperar, aunque dejó a los de Lamprón con más dudas que certezas acerca de su futuro. Desde la batalla de Artah el principado de Antioquía no había logrado reconstituir su maquinaria bélica por lo que Bohemundo descartó de plano la invasión de la llanura ciliciana. En cambio decidió recurrir a la traición para eliminar a su rival. Con esa intención invitó a Roupen a un banquete en su capital, y valiéndose de la ingenuidad del noble roupénida, no tuvo inconvenientes en apresarle y arrojarle a prisión. Fue un grueso error de apreciación que cometió ya que la captura de su antiguo aliado no descabezó el linaje de los roupénidas. León reemplazó en el gobierno a su hermano y no solo consiguió suprimir la independencia de sus primos de Lamprón sino que también pudo jactarse de neutralizar uno tras otro todos los intentos de Bohemundo por anexionarse la llanura ciliciana. Al cabo, el príncipe de Antioquía tuvo que reconocer su fracaso y no le quedó otro remedio que llegar a un arreglo diplomático. En las negociaciones que siguieron, Pagouran de Babarón, que estaba relacionado tanto con los hethoumianos como con los roupénidas, logró la liberación de Roupén a cambio de una serie de concesiones territoriales (los castillos de Sarventikar y Tell Hamrun) y del pago de una recompensa de 30.000 dinares. Para garantizar el cumplimiento de las cláusulas del tratado, los armenios se comprometieron a entregar numerosos rehenes entre los que se hallaba Rita, madre de Roupen y hermana de Pagouran.

Una vez liberado, Roupen no tardó en repudiar los compromisos asumidos con la corte de Antioquía. Luego de pagarse la recompensa y habiendo retornado los rehenes de su cautiverio, el príncipe armenio despojó a Bohemundo de sus recientes adquisiciones en Cilicia. Poco tiempo después, cansado y con la salud quebrantada, abdicó en beneficio de su hermano León (1187-1219) y se retiró al monasterio de Drazark.

El reino armenio de Cilicia y la desaparición de Bizancio en la vida levantina.

En muchos sentidos la derrota de Miriocéfalo, la muerte de Manuel y la llegada de la III Cruzada, producto indiscutible de la batalla de Hattin (1187), determinaron un cambio en las condiciones imperantes en Ultramar. El imperio bizantino, abatido en los desfiladeros de Tzyvritzé, se había replegado sobre sí mismo renunciando a las dilatadas líneas de comunicación que habían abierto y mantenido los tres primeros soberanos Comnenos en su flanco oriental. Su lugar como potencia fue inmediatamente recogido en el Cercano Oriente por Saladino, antiguo lugarteniente de Nur ed-Din y fundador de

la dinastía ayubí. El nuevo orden quedó convalidado con la aniquilación del ejército real de Jerusalén en los cuernos de Hattin. A partir de entonces cambiaron los protagonistas del Levante. Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León, Balián de Ibelín, Conrado, marqués de Montferrato y, por cierto, León II, individual o mancomunadamente cambiaron la faz de Ultramar e hicieron olvidar con rapidez la obra y el legado de Manuel en esas latitudes. Muy pronto el destello de Bizancio, devenido en una lenta e inexorable agonía, acabó sonando como el trabajoso latido de un corazón moribundo. Para cuando la IV Cruzada hacía pié en lo alto de las murallas de Constantinopla, en Cilicia ya existía un rey coronado como León I el Grande, con la aquiescencia de Roma y la complicidad del Oriente franco. El Imperio Bizantino, lo mismo que los soberanos Comnenos eran tan solo un lejano y borroso recuerdo.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperibizantino.wordpress.com/>

Bibliografía consultada:

- **Nicetas Choniates**, *Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*, ISBN 0-8143-1764-2.
- **Miguel Psellos**, *Vida de los Emperadores de Bizancio o Cronografía*, Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.
- **William Mitchell Ramsay**, *Geografía Histórica de Asia Menor*, Londres, 1890.
- **Roger de Hoveden**, *La Historia de Inglaterra y de Otros Países de Europa desde 732 hasta 1201*, Vol. I, traducida del latín por Henry T. Riley.
- **Franz Georg Maier**, *Bizancio*, Siglo XXI, 6ª edición, volumen 13, Madrid, 1973.
- **Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.
- **Jean Pierre Alem**, *Armenia*, Eudeba, Buenos Aires (Argentina), 1963.
- **John Julius Norwich**, *Breve Historia de Bizancio*, Cátedra Historia Serie Mayor, 1997, ISBN 84-376-1819-3.
- **Norman H. Baynes**, *El Imperio Bizantino*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. (México), 1949.
- **Salvador Claramunt**, *Las claves del Imperio Bizantino 395-1453*, Editorial Planeta, Barcelona (España) 1992.
- **Steven Runciman**, *Historia de las Cruzadas*, Vol. I, II y III, Alianza Editorial, Madrid (España), 1973.
- **Johannes Lehmann**, *Las Cruzadas (Los aventureros de Dios)*, Ediciones Martinez Roca S.A., Barcelona, 1989, ISBN 84-270-1352-3.
- **Carlos Diehl**, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, colección Austral N° 1324, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1963.
- **V. Nerantsi-Varmasi**, *Historia Medieval de Chipre Según las Fuentes Bizantinas*, Estudios y Textos de Erytheia, Asociación Cultural Hispano-Helénica, Traducción de Eva Latorre Broto, Madrid, 2003.
- **Joseph M. Walker**, *Historia de Bizancio*, Edimat Libros S.A., Madrid, España, ISBN 84-9764-502-2.
- **Claude Cahen**, *El Islam, desde los orígenes hasta los comienzos del Imperio Otomano*, Editorial Siglo Veintiuno, 1975, ISBN 83-323-0020-9.
- **Claude Cahen**, *Oriente y Occidente en Tiempos de la Cruzadas*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1989, ISBN 2-7007-0307-3.
- **John W. Birkenmeier**, *The Development of the Komnenian Army, History of Warfare Vol. 5*, ISBN 90-04-11710-5
- **Warren Treadgold**, *Breve Historia de Bizancio*, Paidós, Barcelona, México, Buenos Aires, 2001, ISBN N° 84-493-1110-1.
- **E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran**, *Historia de Bizancio*, Libros de Historia, Editorial Crítica S.L., Barcelona, 2001, ISBN N° 84-8432-167-3.
- **Emilio Cabrera**, *Historia de Bizancio*, Ariel Historia, 1998, ISBN 84-344-6599-X.
- **Michael F. Hendy**, *Studies in the Byzantine Monetary Economy, C.350-1450*, Cambridge University Press, 1985, ISBN 0-521-24715-2.
- **Ferdinand Chalandon**, *The Later Comneni. John (1118-1143). Manuel (1143-1180). Andronicus (1183-1185)*.
- Para biografías en general: Enciclopedia Británica, Edición 2000 (en inglés).
- The History Collection. <http://digioll.library.wisc.edu/History/> University of Wisconsin Digital Collection.

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos



29 - 05 - 1453 - 00

